

HOMBRES. LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

FASCICULO VII

Yesería



Y

Yesería del tío Periquillo,
frente a la trasera de mi corralón.
Como los conejos salen los chiquejos
de la puertecilla que hay en un rincón.

Se suben al horno, montan en el rulo,
todos son pequeños y revolotudos,
y cuando revuelven bien el moletero,
otra vez se meten en el agujero.

Alcacer cerrado con portadas viejas,
llenas de remiendos con lata y tablillas;
paredes rehundidas, ruinosas cuadrejas,
mellas y portillos en las albardillas.

El carro de lanza cargado de piedra,
sujeta en la zaga por cachos de estera,
cordeles liados, alambres y nudos, trozos de sogueo,
son el atalaje en el acarreo.

La mula castaña y la mula torda,
rehuscan hierbajos entre el albardín;
pellejos matados, de mirada torva,
barruntan, secucías, su próximo fin.

Resignado y lento, el tío Periquillo,
con el pito gordo a medio quemar,
lleva las fanegas en su borriquillo,
sin saber el hombre qué podrá ganar.



Cu—Cu

Cu—Cu

La mañana en la Muela, ya al pie del término de Quero, a la derecha de la vía, ofrece un aspecto radiante. Apunta el solano levemente. El cielo, claro, se ilumina por el sol que antes de las ocho azota contra los desmontes y no deja más sombra que la muy leve de los majanos y la de la quintería, que lo recibe de costado y esquinada.

Canta el Cuquillo

La naturaleza ha pasado del silencio de la madrugada y el desperezo del amanecer y empieza a sentir el efecto de un día de calor. Hay menos ruidos que otros días y se perciben abatidos sobre la ancha y plana cazuela que forma el paraje, antes de llegar a las casas,

donde se inicia el repecho del monte de Quero.

Las pámpanas, sin relento, están un poco blandas, y lacias las hojas de los melones de agua, de los chinos y de las malvas.

Canta el cuquillo.

Cu—Cu

Cu—Cu

Entre las oquedades de los desmontes se oye el rumor sordo, trepidante de una locomotora, que aparece al poco resoplando fatigosa a la cabeza de un tren.

El cuquillo se alza a vuelo corto, de majano a majano y sigue cantando.

El chico siente la tentación de buscar el nido del cuquillo y corre. El hombre le grita:

—Déjalo, tonto, esos nidos no se cogen, que huelen muy mal.

Los chicos espabilados del campo no ignoran eso y saben que el cuquillo, inquieto perseguidor de insectos, tiene la picardía de poner sus huevos en los nidos de otras aves para que se los incuben y poder conservar su libertad individual e independencia de la pareja, que es el colmo de la cuquería para aprovecharse del esfuerzo ajeno.

La abubilla, que es el **cuquillo moñón**, que se ve alrededor de nuestras quinterías, si hace nido y huele, en efecto, malísimamente, por no poder retirar los padres la suciedad del nido.

Ambas especies son muy beneficiosas por alimentarse de insectos, pero su carne repugna a todos y más que respeto por su utilidad dan asco por su mal sabor, razón fundamental de la indiferencia con que se les ve.

Se amaga el aire. El sol abrasa. No se mueve ni una paja, no hay ruidos. A la sombra de la casa de la Muela duerme un guarda, tapando su cara con un sombrero de paja ennegrecida por el sol y el polvo. El cuquillo, a la sombra del majano, mientras las otrasavecillas se derriten en los nidos para sacarte la cría, respira al aire libre y repite su canto burlón.

Cu—Cu

Cu—Cu



HOMBRES. LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS

Mes de Agosto
Del año 1956

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
DE
ALCAZAR DE SAN JUAN

FASCICULO
SEPTIMO

S I E S T A

EN la callejuela de mi corralón.
Corralizas pobres, tapiales hundidos,
llevan las madrucaas pajas a los nidos,
y un galgo, estirado, se hace el dormilón.

Cae el sol a plomo, la tierra se abrasa,
abate el silencio, ciega el resplandor,
garlean las gallinas, ahuecan las alas
y zumba, pesado, negro moscardón.

Contra el esquinazo de la callejuela,
un mendigo viejo deja su garrote,
busca un canto gordo para cabecera
y se tumba, muerto, sobre su capote.

(

La zambomba pide pan

ERAN frecuentes las reuniones de las mozas, durante el verano, a la luz de la luna, sentadas en las aceras, para tocar la zambomba. Los mozos se situaban en la acera opuesta, a la vuelta de alguna esquina o bien protegidos por la sombra de algún tejado. Desde allí estimulaban la algazara de enfrente con algún berrido que otro o hablando alto y con picardía con alguien que cruzara, estímulo innecesario porque las mozas eran mucho más diestras en el arte de mantenerlos encandilados con sus risas o cantares y, sobre todo, con el mauejo del carrizo.

Recordando aquellas escenas y comparándolas con muchas músicas de furor actual, se ve la complacencia que el hombre encuentra en zig-zaguear por su camino.

El pandero y la zambomba deben ser de los instrumentos musicales más antiguos, tal vez, con las cañas, los del hombre primitivo, en cuya vida es tan interesante indagar.

En el tiempo a que nos referimos, psicológicamente remotísimo, las zambombas las hacían con pellicas de conejo pueatas sobre bocas de cántaro roto y un carrizo. Cuando coincidían elementos más bromistas, soñan utilizar un pellejo mayor y alguna boca de tinajilla. Siempre tenían cerca un cubo o una cazuela con agua para ir mojado la mano, pues la saliva, recurso más inmediato, no era suficiente en esas noches para arrancarle al rústico instrumento el sonido fuerte, aunque ronco, que deseaban enviar al otro extremo del lugar continuamente, con monotonía adormecedora.



Desde que se cambió la puerta de la Estación, el Paseo quedó convertido en el zaguán o casi salón en que Alcázar recibiría a sus visitantes, lo cual implicó desde el principio un gran honor y una gran responsabilidad para el paraje.

Entre los acontecimientos desenvueltos en esta vía en su relación con la del tren, descuella por su esplendor, emotividad y simpatía, el recibimiento hecho a Emelina Carreño, a su regreso del viaje en que fue proclamada Más España, en el año 1931.

Alcázar, poco propicio al desbordamiento y menos a favor de sus hijos, puede decirse que ese día se volcó íntegramente en el Paseo, según puede verse en la fotografía reproducida.

La zambomba pide pan
y el que la toca tocino
y el que le ayuda a cantar
una gotica de vino.

Este era cantar frecuente e inicial de la reunión,
al cual seguían otros más picarillos.

Dentro de mi pechito
tengo una cuna
donde el bien de mi alma
duerme y se arrulla.

Y a los vaivenes,
se despierta y me dice
-- Chacha, ¿me quieres?

—:—

Tengo mi querer puesto
en un muchacho
delgado de cintura
moreno y alto.

Y así lo quiero,
delgado de cintura,
alto y moreno.

A veces, de las tinieblas del callejón, salía la voz
de un mozo acompasada con el carrizo, estremeciendo
de regocijo el corro de las mozas.

Como que sale de tí
pregúntale si me quiere;
y si te dice que no,
dile que motivos tiene.

Y las mozas respondían, atronando el espacio:

Yo te quiero y no te quiero
que son dos cosas;
yo te quiero y no quiero
que lo conozcas.



Emelina Carreño Pareja, que con su belleza enalteció el nombre de Alcázar, debe figurar en esta obra como una nota singularísima de que no en todas partes pueden vanagloriarse. Y, ahí está.

La Altomira



ES el nombre con que se distingue la segunda ondulación del terreno, después de la de los Cerros de San Antón, al poniente de éstos. La tercera y última ondulación es la suave loma labrada por las aguas y que sirve de asiento al lugar. Es la altura intermedia entre los cerros y el pueblo, que se encuentra al salir hacia la carretera de Guerras, una vez coronada la cuesta del Cerrillo de los Ijones, por el camino de Palacio o de la Serna.

La gente, propicia a la leyenda, relaciona este nombre con hazañas bélicas de alguien que al llegar a ese punto, dijo al que iba a su lado: «alto, mira» señalando a la población. A algunos otros nombres les encuentran parecidos orígenes como Carrasardina—cara de sardina.—

Se añora la historia y se busca la leyenda:

Fuera como fuese, el hecho es que tiene un nombre eufónico, grato al oído y unas vistas más atractivas que el resto del contorno urbano.

Desde que se remonta la cuesta del Cerrillo—la gente le dice de los «Ijones» por guijones, de las pequeñas guijas, fragmentaciones arcillosas que se ven en él,—y pasado el camino del Raseral, se domina un horizonte amplio que sin ser de dulzura pratense es mucho menos árido que el del camino de Villafranca o el de Quero.

A lo lejos, los árboles del Villarejo y de la Huerta de las Mañanas, la Carcel de los ríos. Cerca, el viñedo, las olivas de «Cascabel», las de «Rufao», el camino de los Moleores y el de Alcantarilla, que va a Cuaco, la huerta de «Faquillo», etc.

El continuo paso de trenes por la falda de los cerros hacia Andalucía, es una nota moderna que alegra el paisaje y hace compañía, aunque sin él no fuera aquí tan hondo el sentimiento de soledad como en otros puntos del término. La vista de los árboles, la presencia de las quinte-rías, el amplio viñedo y ondulación del terreno, hacen más íntimo y cordial el contacto con lo inmediato, sin esa loca desolación que se siente en el comedio del camino de la Puebla, por ejemplo.

La luz de la Altomira tiene su momento singular a la caída de la tarde, durante el crepúsculo. Las auroras son allí menguadas por los cerros, que interceptan la llegada de los primeros rayos solares. Por la tarde, en cambio, forman la concha de tierra parda que los recoge y devuelve, en su medida, contra el suelo, que permanece alumbrado por ello hasta el último instante, con matices opacos de plumajes terrosos que brillan tenuemente con presagio amenazante en las tardes que el sol se pone empozándose.

Es la Altomira un cerro de cal. Con la de sus canteras, manejada por Casimiro y la Mariana, se ha enjalbegado el pueblo muchos años. Cuando el sol desde el cénit hiere con sus rayos la piedra sacada, se quita la vista: es la nitidez pura que resplandecía en todas las casas de Alcázar, mantenida con celo inigualable por nuestras mujeres, contagiadas de la aspereidad de la caliza, pero satisfechas y aun orgullosas de la blancura del humero, sin dejar de funcionar, de «la cinta» del patio, intacta a pesar de las nubes y del ramo que echaron los mozos en la puerta, que no hay quien lo quite.

La Altomira es un punto desde el que Alcázar ofrece una de sus mejores vistas panorámicas y por donde la naturaleza se muestra menos esquiva, aunque la cal esté a flor de tierra.



Llegada impresionante

LO es la de entrar en Alcázar por el camino de Miguel Esteban, más durante la noche y mucho más si acabais de re-

correr los pueblos de esa demarcación.

Del Cristo para acá el paisaje se distingue por su aridez y sequedad. En los cibantos, los cardos han ido sujetando las pajas secas arrastradas por el aire y el polvo de las ventiscas, que se remueve y os ciega a cada paso.

Ni un alma en el camino. La tierra monda y llana, terrones pardos, pajonales amarillentos.

Lejanos patrazos de molinos sobre un cerro.

Silencio y tedio.

Camino interminable.

De pronto, como sucede todo en La Mancha, como salta la liebre de entre la tierra, sin observarse nada que indique su proximidad, aparece Alcázar en la hondonada de las Santanillas como una gran ciudad fabril: luces deslumbrantes, chimeneas, rodar de trenes, fábricas, grandes edificios. Parece que se ha llegado a otro mundo y satisface haber nacido allí, porque, digan lo que quieran, Alcázar no hay más que uno. Se lo merece todo. O por lo menos, eso se cree él y vive conforme.

Señales horarias

EN mi casa no hubo nunca reloj, ni lo hay todavía.

Mi padre conoció siempre la hora con exactitud por la marcha de los astros. En cualquier momento que se le preguntara, lo mismo de día que de noche, contestaba con precisión que nunca desmintieron los relojes.

Los demás nos fuimos acomodando a sus costumbres sacando partido, de lo que a nuestro alrededor podía indicarnos el momento que vivíamos. Toda la gente hacía lo mismo. «La sombra del sol» era una regla muy común, marcada en el suelo, en los tejados o en las paredes y lo mismo «La sombra de la luna».

El reloj de la Villa se oía por las noches algunas veces, pero poco, y nadie lo tenía en cuenta. Aquí arriba nos fijábamos también en las campanas de las iglesias, pero el aire y el estado atmosférico modificaban mucho su sonoridad, aproximándola, alejándola o elevándola hacia el cielo cuando llovía como si se fuera del mundo.

Y sin nada de eso, la luz, el grado de claridad percibido hasta en las habitaciones, era indicio suficiente para batirantar la hora con aproximación.

Esa claridad diusa la apreciaban todos, pero solo los muy habituados como mi padre podían asomarse a la ventana y cerrar, diciendo que iban a dar las seis, empezando a oírse el toque del fraile a continuación.

Hecho y pensamiento

ESTA frase es una expresión frecuente en los alcazareños, reveladora de su manera de ser, justificativa de su improvisación y de su improvisación, disculpadora de sus incumpl-

mientos y anuladora de toda queja posible.

Aparentemente antinómica es sin embargo, exacta: antes que pensado, hecho: la acción precediendo al pensamiento, como es propio cuando no se piensan las cosas, cuando no se medita en ellas, pues a tanto equivale surgir la idea y ponerla por obra inmediatamente, «sin más ni más».

El hacerlas «de pronto» es una de las características de nuestras cosas y otra el dejarlas «de golpe y porrazo» y otra el acontecer «cuando más no se acuerda» y otra más el «no acordarse de haberlas visto».

Todo, impulsivamente, de pronto; hasta el «estirar la pata» lo hace aquí cualquiera de sopetón» y «como si tal cosa» «en menos que canta un gallo» y con mucha razón porque hay la seguridad de que «lo que se piensa no se hace» y de que «las cosas tienen que ser así», «dicho y hecho» y «el llanto sobre el difunto».

Las madres lo dicen a menudo: «este muchacho no aguarda a razones, se le pone una cosa en la cabeza, la hace y se acabó».

Y «lo que en la leche se mama, en la mortaja se derrama», que decía Ulpiano.

El canterno

LA vertiente en que se enclavó el lugar, quita grandiosidad y perspectiva a su horizonte, que no parece manchego, por lo llano, hasta que se sale de las orillas, brincando el cinturón de cerros, pues incluso siguiendo su corriente hacia la Chela hay cibantos como el de la casilla del caminero, que ocultan totalmente nuestro pueblo.

La sequedad y fortaleza del terreno en estas alturas próximas acrecienta, más bien que amortigua, la aridez, y en ciertos puntos del pueblo, como en el Cristo mismo y la placeta de Santa María, se deja sentir la desconcertante profundidad del lejano y desolado horizonte por encima de los tejados.

La vertiente distal de esos cerros tiene la misma asperidad que la proximal. Solo después de la caída y a diferente distancia, según la dirección, se llega a la tierra llana, mero solar, (camino de Villafranca, Vía del Hambre, los Anchos) o a la tierra tenuemente adornada de plantaciones o quinteiras en el resto del cinturón.

Hasta que no se trasponen estas alturas no se tiene la sensación de haber salido del pueblo y ya se sabe que por algunos sitios esto no es tan en las orillas: Cerro Gigüela, Altonira, etc.

Pasado esto es cuando se percibe la soledad y se tiene la sensación de encontrarse perdido en el horizonte por caminos tristes cuyo destino se desconoce y si cabalgáis comprendéis aquella majestuosa ansiedad del Cid cuando veía ensancharse Castilla delante de su caballo.

El pueblo, el paisaje del pueblo, que no es solo el casco urbano, llega hasta los cerros. Los baldíos, las besanas, los viñedos y lastonares están detrás, donde se pierde de vista el lugar, y el caminante se siente alucinado y cree haber quedado desligado del mundo.

De haberlo sentido y deseado, la tierra de la cuenca urbana hubiera tenido un aspecto diferente y con ella el pueblo también. Los altos hubieran estado poblados por lo menos de olivas, almendros, algarrobos o higueras. El agua de las Santanillas que está molestando en la Estación desde que la hicieron, hubiera hecho mucho bien a las plantaciones. La misma de las Perdigueras, desde el cerro, pudiera haberse aprovechado favorablemente.

La Serna tuvo su riego, aparte del agua que recibe espontáneamente, como la Veguilla y el Albardial.

Cierta regularidad en el esfuerzo, un poco de constancia, en lugar del impulso arrebatado y fugaz que nos caracteriza, hubieran hecho cambiar totalmente la fisonomía y la entraña del lugar.

Pero, claro, entonces nosotros no seríamos nosotros y esta condolencia no sería una petición de peras al olmo. Nuestras almas dialogarían con los pájaros, con las nubes, con las flores, en relación íntima y tierna, sin la asperidad despreciativa de lo que ignora: el paisaje y el hombre no se repelerían como locos dados a la gresca, se humanizaría la relación con el aire libre, con el campo y las plantas y no sería exclusivo de un momento y de determinadas personas el poder anegarse en la contemplación de un claro de luna o de un cielo estrellado, que son atributos de la divinidad puestos en el mundo para elevarlo por el amor y el conocimiento.

¡Cuántos milagros podría haber hecho con la tierra una mayor sensibilidad y qué cambios hubiera tenido el hombre con las emociones humanizadoras del paisaje!

La lebrilla



Lebrilla talaverana,
reina del panete alcazareño.
En mi tiempo soberana
del zurrilla carrasqueño.

Compañera fiel y permanente.
Entrabas con el dote y salías con la muerte.
Descascarillada, lañada, con piquetes
y fea
seguiste firme en la pelea.

Singular cacharro,
ni limpio ni guarro,
adorado de los chíspines.
¿Qué tendrá tu barro,
para hacer Crispines,
todos los días del año,
y que juntes y armonices a tu vera
a la humanidad entera?.

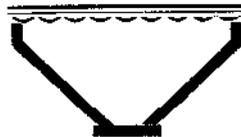
Sin tí no hay alegría,
y cuando hay pena,
como un alma mía,
estás callada en la alacena.

¡Oh, vieja ladina,
que a la gente caldea:
pareces la heroína
de «Calixto y Melibea»!

¡Lebrilla sacrosanta del adobo!
Es airón renombrado en tu corona
evitar en las chacinas el aovo.
Y llena de mantecados, eres
la misma diosa Ceres.

¡Salve! gloriosa lebrilla,
orgullosa de poder,
emblema de la cuadrilla
que sabes ha de volver.

Mientras el mundo subsista
serás tú quien ponga el mingo.
No habrá nadie que resista
al buen zurra del domingo.



MADIE dudará en Alcázar de la trascendencia de este acto de fraternidad ultraterrena que los más íntimos llevaban a cabo a continuación del sepelio de un amigo.

No es exclusiva de aquí esta costumbre, ni hay por qué meterse ahora a dilucidar la raigambre de tales hábitos en la especie humana, ya que nuestros fines son mucho más modestos y circunscritos. Sin embargo, se ha de decir algo sobre el espejo ese de Madrid donde siempre se miró Alcázar y donde era obligado obsequiar a los acompañantes con sendos frascos de tinto, antes de despedirse, en los tenduchos de las Ventas del Espíritu Santo.

En Alcázar la escena no salía del ambiente doméstico y ante lo irremediable del caso y lo ineludible de su repetición, los amigos se dejaban invadir por un humor socarrón y se metían en cualquier cocina a «tomar un bocao» y hacer un zurra, algo mayor que los de diario y un poco más chico que los de los domingos. A pesar de esta calibración, rigurosamente cierta, porque en mi casa y ante mí se ha subido a mucha gente al cielo, esta atención que era una obligación con el amigo fallecido, ponía a la gente siempre un poco delantera e incluso a punto de gatear. Claro, que como era ya lo último que se podía hacer por el amigo ido, el que más y el que menos se sacrificaba y hacía un esfuerzo que sellara para siempre los lazos de compañerismo de la cuadrilla. (Por entonces, la palabra **compañero** se empleaba casi exclusivamente en el sentido que ahora se usa la de amigo).

Todas la escenas finales de la vida eran revisadas en ese momento, esquilatando los detalles más salientes de cada caso. La enfermedad, el testamento, los Auxilios Espirituales y la situación familiar. Y los distintos oficiantes, el médico, el notario, el cura y los albaceas, repasando la actuación de todos ellos, puntualizando sus cualidades y concluyendo lo que hubiera debido pasar para que todo hubiese estado bien.

No pocas veces se hacían cábalas sobre cuál de los reunidos desfilaría el primero y su posible destino en el otro mundo, no siendo raro que en el mismo momento se procediera a «arreglarlo» de la mejor manera, abrogándose cada uno el papel de los que al fin habrían de intervenir en la preparación y despacho del futuro cadáver.

Hay que reconocer que Ulpiano tenía aptitudes polifacéticas, pero hacía de cura como nadie, aunque Cuartero le untaba la oreja algunas veces. Paniagua tenía especialidad en los testamentos, dejando en pañales a D. Trinidad; de médico y albaceas hacían todos bien, aunque alguna vez lo hizo D. Magdaleno mismo y no es menester decir con qué énfasis.

Terminada la función, al irse solían repasar si se les había olvidado algo que pudiera constituir falta por su parte. Se hablaba de los hijos y sobre todo de la viuda. El consuelo de la viuda se tomaba muy en consideración. Los más recalcitrantes se agarraban a los «escrúpulos» y so pretexto de incompetencia querían ir a preguntarle lo mejor a las mujeres de los reunidos, sacando a relucir las condiciones de cada una. Casi siempre se imponía el temor de «enredarla» llegándose a la conclusión de que la viuda no precisaría nada, porque la muerte del hombre la habría dejado en el mayor descanso y se resignaban a irse conformes y de acuerdo en que el querido amigo, compañero de cuadrilla y actuante en todas sus obligaciones, los esperara por «allí» muchos años, prometiendo arreglárselas de manera para no echarlo de menos «por aquí». Era lo más sensato. ¿Qué iban a hacer los pobres hombres?

Velatorios

SE dice «que los tíos eran muy malos», revoltosos y «con un estómago» que para qué, que no reparaban en nada.

Peo no eran los tíos solamente. Las mujeres y los jóvenes participaban también de aquel humor socarrón que daba de sí el ambiente y si los tíos subían ritualmente al cielo a sus amigos con un zurra y alguna raspa de pescado para engañarlo, los demás no se quedaban atrás en los velatorios.

Debe hacerse la distinción entre la gravedad solemne de que los tíos investían sus actos y la bullanga chiquilleril de las mujeres y jovenzuelos.

Los hombres se iban de zurra pero, ¡con qué formalidad!

Sacaban la lebrilla aquella que tenía esmaltado en el fondo el tío de la escopeta, (un Austria en traje negro de caza, con escopeta y perro), ponían el vaso de prueba en el centro, echaban los terrones de azúcar de pilón y el agua y empezaban a dar con el vaso contra la lebrilla, hasta que se disolvía. Se agregaba el vino poco a poco, sin dejar de mover con el vaso, según se hace en las gachas. Se cataba por todos y cuando estaban conformes, se le echaban las cortezas de limón y se seguía hablando del muerto.

Las que se quedaban a velar a los muertos no podían verse quietas. Al que se dormía le tiznaban la cara con carbón o con corchos ahumados o lo ataban a la silla o le echaban agua.

La broma se prolongaba en cuentos y chascarrillos de toda especie y color y terminaba en una buena cazuela de chocolate con los churros necesarios, a costa del muerto.

Después se despedían deseando a la familia que Dios les diera salud para hacer bien por su alma y se iban tan tranquilas de haber estado en el duelo, como los chicos en la escuela, deseando que el maestro se distraiga para tirarle pellizcos al que está orilla, porque así era de retozón el espíritu de la época.

Glorias familiares

EN el trajinillo de rebuscar y comprobar detalles he tropezado con algunos fenómenos curiosos, como la forma de considerar las glorias familiares.

El hijo es inexorable con el padre, enjuiciándole siempre con el mayor rigor. Rara vez considera el hijo al padre con naturalidad, ni siquiera cuando tiene él, acentuados, los defectos reconocibles en su progenitor.

La relación amorosa es de lo más espinoso de la cuestión. Un mero rumor o sospecha, hace refunfuñar al hijo, hartado de correr. A las mismas personas las he oído celebrar las travesuras de su abuelo.

—No crea Vd. que fué cualquier cosa, que tuvo tres mujeres y dos hijos fuera de matrimonio: ¡Menudo fué! Y no falta el caso, citado con orgullo, de que la abuela vieja fuera la amiga de D. Fulano.

Los motivos que considerados próximamente ruborizan a la gente, con el tiempo se convierten en honor de la familia. ¡Así es el mundo!

LOS hombres de nuestra época prestaban poca atención a su cuidado personal. La mujer, (madre o esposa), tenía a su cargo el cuidado íntegro del aseo. El día de descanso, domingo o día

festivo, se ponían los hombres de limpio y se vestían majos. Si había fiesta de guardar en la semana, los domingos inmediatos se llamaban viejos y se reservaba el aseo para el día festivo. El día de fiesta era, por lo tanto, de gran trajín para las amas de casa.

Como el agua escaseaba tanto, nadie se lavaba, como no fuera sacándola del pozo, que por salobre, cortaba el jabón.

En realidad, los hombres no sabían lavarse y la mujer tenía que destezarlos, (quitarles la tez), al ponerles ropa limpia. Para ello utilizaba un trozo de «monsolina», faldamento o cañón de calzoncillo, hecho un reguño, empapado en espíritu (alcohol). Después de bien restregada la piel, la aclaraba con otro paño empapado en agua.

El agua se miraba con tanto cuidado, que a los niños de teta los limpiaban con un sorbo que la madre iba soltando poco a poco, pues no era cosa de desperdiciar lo que tantas fatigas costaba el traer.

Cuando la mujer acababa de arreglar al hombre, emprendía la tarea de los chicos, siempre impacientes por irse. Se explica que las mujeres temiesen la llegada de las fiestas.

El hombre pasaba desde las manos de su madre a las de la esposa que, además de lavarlo, tenía que vestirlo o, por lo menos, abrocharle el camión, cuyas estrechuras no permitían el manejo de ojales y botones con los dedos toscos del trabajo.

La recién casada pasaba sus apurillos hasta que se soltaba en su función, siempre temerosa de que las gentes, y, sobre todo las de la casa de él, pudieran criticar la forma en que lo llevaba, si iba con «berriás», si llevaba la «terilla» derecha, los puños «estiraos» o «deshilachos» en alguna parte.

En cambio de esto, casi todos los hombres eran buenos guisanderos y placeros, prestando gran ayuda a la mujer y a la casa los días que estaban parados, haciendo la compra y preparando la comida.

El intercambio de funciones enternecía siempre la relación matrimonial, que se hacía patente por la obsequiosidad mutua y la indulgencia con los chicos, consintiéndoles todos los caprichos.

Las casas tenían el día que paraban los hombres un aire grato, de contento y seguridad, que con la limpieza, parecía renovarse para ir subiendo y los chicos tan alegres, con el camión limpio y la perilla de «alcagüetas».

El marido después de la boda

Cocineo familiar

EN un pueblecillo serrano, ví a las mujeres guisando en la calle, sobre unos poyos altos, como fogones, Me llamó la atención.

En Alcázar, lo más que se ha llegado en el verano es a poner las hornillas en los portales.

No obstante, como todas las puertas estaban abiertas, se percibía desde la calle el apetitoso olor de los pucheros cociendo y cada uno sabía lo que comían los demás, sin posibilidad de secretos.

Daba gusto entrar en aquellos portales, tan enjalbegados, tan regados, tan limpios y encortinados, con la hornilla de «fote» blanqueada y encendida, esperando que diera el fraile las doce para echar el azafrán y vaciar el caldo que esponjara el pan de la sopa. ¡Qué rico el puchero cocido poco a poco, con cuatro carbones, en las hornillas de yeso que hacía «fote» con las latas del mineral!

LA URBANIDAD

UNA cosa que tal vez echen de menos los chicos de aquella época, es la urbanidad, cuya quiebra se inició en Alcázar por entonces, al empezar a tutear los hijos a los padres, con espanto de cuantos lo oían, en los casos rarísimos que se observaba y no entre el pueblo llano precisamente.

Poco a poco, se fueron abandonando las formas respetuosas, considerándose como baladíes las buenas maneras y hasta distinguida la igualdad del trato.

Años después, con la quiebra de todos los resortes morales, se sufrió la más aguda crisis de urbanidad, que no acaba de extinguirse, poniendo de manifiesto la razón que tenían aquellos que se escandalizaban de las primeras desatenciones.

Desde por entonces y no sé si desde antes, es apreciable entre nosotros una incorrección notable, que nuestros abuelos distinguían ya con una frase gráfica: «hacerse el sosca», significando hacerse el distraído, el tonto, el desentendido o el disimulado, para no cumplir en cualquier momento los deberes de cortesía elemental.

Resultaba sobremanera esta incorrección si contrastaba con la afabilidad excesiva, a *foretiori*, en otra circunstancia próxima, y, sobre todo, si se comparaba con los usos y costumbres de otras regiones de mayor cordialidad habitual, como Andalucía, por ejemplo.

¿Qué circunstancias ambientales o sentimientos contradictorios determinaban esa conducta?

Hay el hecho harto frecuente de los convecinos o familiares que **están disimulados** y no se relacionan, aunque se observan agudamente y el hecho diario de los amigos y parientes que sin ninguna razón admisible que lo justifique **se hacen los disimulados**, después de verse, para pasar de largo como si no se hubieran visto y el hecho de que una de las dos partes no se dé cuenta realmente y la otra, apercibida, la deja ir sin rechistar, haciéndose la cuenta de que «allá cada uno».

Tan chocante conducta se fué haciendo norma y aun reconocida, no engendraba disgusto por pensar todos que «cada uno, es cada uno», pero sí resentimiento y menor confianza, siendo una de las razones de la falta de compenetración, que a la chita callando, condujo al individualismo imperante, porque «cada uno» visto lo que «el otro» hacía, se encogía de hombros, con el mayor orgullo, pensando que «ni tú pa mí, ni yo pa tí» y ya se había terminado la franqueza para siempre, quedando reinante la soberbia que brota de la tierra áspera.

La urbanidad que se daba en la escuela y se mantenía en las costumbres, no quitaba la aridez del terreno, pero lo suavizaba mucho y aquel «vayan ustés con Dios» que se oía al pasar, incluso levantándose del asiento y buscando el encuentro en lugar de rehuirlo, representaba respeto mutuo, que implica educación, civilización y también fraternidad, que es compenetración, convivencia, amor, tan necesario en las relaciones humanas.



LOS TÍOS DEL BIGOTE

EN las publicaciones antiguas, se ve a la gente con la pelambre loca y abundosa, pero en Alcázar tuvo esto sus caracteres especiales. Aquí la gente iba rasurada y solo los señoritos, mejor informados de la moda, dejaban crecer su pelo. Fué la Estación la que extendió o generalizó, con el ir y venir a Madrid, la costumbre de dejarse mechones de pelo como adorno en una u otra parte de la cara; bigote, perilla, mosca, barba, patillas de tal o cual estilo.

La gente más pegada a los usos lugareños, siguió viendo siempre un signo de forasterismo en tales innovaciones, sobre estar en desacuerdo absoluto con el desaseo y la inmersión de tales apéndices en bebidas y comidas, cuyos recipientes no eran generalmente de uso individual.

Los que soltando la esteva o la cayada entraban en la Estación, enseguida se dejaban el bigote. Detalle de excentricidad, porque los chulillos barriobajeros a los cuales se imitaba con la chaquetilla corta y ceñida, el pantalón abotinado, la gorilla caída sobre la oreja, el pañuelo al cuello y las botas de puntera, iban todos bien afeitados, como torerillos de invierno. En los comerciantes era general hasta la barba, como en los señores, pero el bigotillo no le faltaba a los escribientes, sastres, barberos, algún carpintero y algún zapatero. Tan general se hizo esto, que las caras limpias de pelo resultaban chocantes y se distinguían por ello los clérigos, sacristanes, cómicos y toreros.

Las familias campesinas, reacias a las innovaciones y cuantos desempeñaban trabajos incompatibles con los pelos largos, permanecieron fieles al rasurado, mirando con desdén a los modernistas que imitaban las cosas de fuera, convirtiéndose en «tíos del bigote» de los que venían por ahí; y hasta algunas tiendas de barrio se conocieron como del «tío del bigote».

VAHO DE LA TIERRA

CUANDO fué con el Ángel, aquella madrugada de invierno, a poner eucaliptos en el Castillejo de Piédrola, con el carro lleno de plantas en macetas, estaba apuntando el sol y salía mucho humo de la tierra.

Empecé a cavar y salía más todavía. Fué cuando el Ángel cogió una aimorzada, la apretó, la desmenuzó y se la llevó a la nariz, diciendo aquello de:

—«¡Muchacho: Si parece pan!».

El humo seguía saliendo, en efecto, como cuando se parte el pan caliente y dando también ese olor penetrante y apetecible.

—Es el calor que guarda siempre la tierra, decía el Ángel, el fuego que tiene dentro.

Y así sería, porque de los árboles no quedó ni uno, pero el humillo aquel que se entraba por los pantalones se metió hasta el tuétano y en cuanto puede, asoma por cualquier rendija.

MADRUGADA

CON la evolución de la vida, Alcázar viene teniendo para mí un momento singular en la madrugada, con su silencio absoluto, del que me considero señor y dueño, con dominio apenas compartido con el perro noctívago que manotea en los papeles tirados, que halla a su paso, el mendigo, que como el perro, busca cosas incomprensibles por el suelo y hurga con su garrote en las basuras, o la churrera, pajarilla mañanera del lugar, que ofrece el rico buñuelo recién hecho. Estos seres, de paso leve, no son percibidos más que a esa hora en que la profundidad del silencio permite la resonancia de los ruidos insignificantes, y uno mismo, escuchando sus pasos, cree estar solo en el mundo. Si en ese instante se echa uno al campo, la magnitud del silencio sobrecoge, la soledad es absoluta, el firmamento atrae y aplana; contradictorias sensaciones que os conmueven e inquietan.

Poco a poco empieza el alba y «con sus mil ruidos despierta el pueblo» y el campo; la madrugada se va. Se va, dejando casi siempre un manto de humedad que es como las lágrimas arrancadas por el dolor del alumbramiento del nuevo día y que el airecillo y el sol secan prontamente.

¡Oh, qué momento el de la aurora para adorar!

Alcazareñismo disperso

HACE siglos que llegan constantemente a Alcázar ininidad de personas desconocidas. Muchas de ellas, miles y miles, de paso para otros puntos o a cumplir fines concretos y fugaces pero repetidos en la misma plaza o en la comarca. Otros muchos a residir aquí, por más o menos tiempo.

A su vez, los hijos del pueblo salen a diario y con frecuencia van a vivir a sitios lejanos.

La gente de Alcázar, los amigos de Alcázar, se encuentran por todas partes.

Vais tan tranquilos por La Coruña, Granada o Barcelona, y, de pronto, una mano en el hombro os indica el encuentro con el amigo fraterno, que siempre resulta gratísimo a tanta distancia del lugar.

Muchas familias, muchísimas, han pasado aquí gran parte de su vida, períodos de cinco años, de diez años, de quince años, durante los cuales crecieron los chicos, fueron a la escuela, jugaron, aprendieron oficio, tuvieron amores y sufrieron desgracias. Vivieron ese singular período en que sucede todo como si tal cosa, como sin pensar, pero que luego sale y es la motivación de muchos actos. Es imposible que nadie olvide el lugar donde pasa la adolescencia y la juventud.

Los que llegaron de mayores, vivieron siempre bien. Ellos traían la vida asegurada en su trabajo, desde luego, pero Alcázar no fué nunca remiso en la cordialidad. Todos, al irse, dejaron y se llevaron afecto suficiente para que el olvido no borrara el recuerdo y se siguieran añorando de por vida los bailes de la Pascua, y las meriendas en el sotanillo de «Tinguilangue» y en la bodega de La Espada.

El espíritu alcazareño se ha desparramado mucho. No está, como el de tantos otros pueblos, circunscrito a los nativos y a las tapias fronterizas. Alcázar tiene, por su difusión, ecos de gran ciudad. Acaso por ello sea menos concentrado el amor que se le tiene, porque en casi nadie es ciego, como se dice que es el amor verdadero, todos le sacan defectillos, aunque un buen zurra lo borre todo, pero ¿Quién no tendrá faltas y podrá tirar la primera piedra?

La calle de en medio

REPRESENTABA un símbolo de nuestra psicología en el súbito acontecer dentro de la quietud imperante.

Echar por la calle de en medio era un rasgo frecuente de nuestros actos.

La calma real, imponderable, se resolvía impensadamente, sin razón aparente o por motivos leves, en una acción brusca, de ímpetu irreprimible y hablando entre dientes: «Ahora verán estos; se van a caer con todo el equipo».

En los momentos de más sosiego, incluso durmiendo en el corro de la estufa, de pronto salía alguien y echaba por lo sin segar. Los demás se encogían de hombros entreabriendo los ojos. Alguno decía: «y qué sé yo lo que le pasa a ese». «Ese», salía renegando y se iba a acostar.

Esta irritabilidad aguda era una manifestación patente de nuestro carácter, que permitía ver a las personas a merced de la cólera brusca e irreflexiva decidiendo temerariamente en cualquier momento, «para que los demás vean lo que es bueno».

Cuando en la calle os envolvía un remolino de tierra, comprendíais la locura de echar por la calle de en medio sin miramientos. Parecía que era la violencia del aire lo que daba aire de soberbia a las personas, nadie hacía por suavizar la sequedad y la aspereza del terreno para cambiar la dureza del paisaje y moderar la sensibilidad irritada e instaurar la indulgencia, solo el escepticismo triunfaba de la nerviosidad y aun de la ira, soterrando el rencor, por eso alcanzó Ulpiano el cetro del humor socarrón y desarmó el arrebató que burbujea en nuestra sangre, colando de extranjería, entre los caballeros el sano y conveniente juicio del buen Sancho.

Quietud

EN la época de la vida lenta resaltaban las tardes largas, suficientes, y en las tardes, el vivir de muchos hombres sobrados o con bastante para ellos.

Estos hombres no eran nada, no hacían nada, no querían nada tampoco, ni necesitaban más para ellos solos.

Vivían en casas grandes, algunas descomunales, con pocos muebles y los pisos de yeso.

Se recogían temprano, al toque de ánimas, y se levantaban tarde. Cruzando los anchos corredores y las diversas habitaciones, se les encontraba al fondo de una gran sala, que más parecía camaranchón, con poca luz, en una cama grande y alta que parecía atrojada con honda en un desván. El hombre, medio se incorporaba a sus despacios y decía: «Aquí estoy, como los quehaceres son pocos, no me levanto». Pero al fin se levantaba y daba una vuelta a ver qué hacía el tiempo o se estaba en su casa sentado hasta la hora de comer.

Vestían modestamente, con el aseo del que no se mancha, y eran más bien toscos. Se relacionaban entre sí sin gran intimidad; convi-

vían sin compenetración, sin verdadera amistad; cada uno era cada uno y su mejor compañía, la soledad, para tomar el sol en la puerta de su casa. Sin embargo, paseaban. El paseo, reunidos, lo practicaban diariamente como un rito: se iban al Sepulcro, a las monjas o a las eras, y al llegar, se sentaban en una piedra, muchas veces, muchísimas, sin hablar ni una palabra en toda la tarde, como si cada uno tuviera bastante con su propio pensamiento.

Otros muchos del pueblo los miraban con envidia, tenían la misma aspiración de no hacer nada y se juntaban con ellos algunas veces.

A la hora de venir los carros, se volvían para que no les echaran el polvo y se iban al camino un rato hasta las ocho. Al dar la primera campanada en la Villa, empezaban a desfilar cada uno por su lado. Al acabar el toque de oración en Santa Quiteria, ya no se veía a nadie y el eco de las campanas retumbaba en las nubes, como si se propagara por las oquedades de una larga cueva. La Plaza se quedaba en profundo silencio. Todas las cosas quedaban quietas. Seguía la noche de los tiempos.

Paso a nivel de Piedrola

ES único en todo el término. Cruzándolo se llega por ambos lados a hermosos campos de viñas que hacia el poniente se realizan con las casejas de «Malagueña» y el «Calero», algún que otro almendro maltratado, las piedras de la pedriza enlazadas con raíces de tomillo y por encima del Rasillo las puntas de los árboles de la Huerta del «Cuco»; hermoso paraje por el que se presiente el gazapeo de los conejos y el aire conserva cierto aroma de monte bravo y salvaje.

La vía se pasa entre dos desmontes muy próximos y en lo más cerrado de una curva del carril, como el puerto entre dos montañas casi juntas. El tren aparece siempre de improviso, sin que dé tiempo a prevenirse al viandante, ni al maquinista. Es lugar para cruzarlo con precaución y mirando a ambos lados; lo sé por experiencia, pero estando quieto en él, es maravilloso contemplar en aquel silencio el horrísono crujir de los vagones que van de uno a otro desmonte, en loco desenfreno, mientras que uno saborea la paz campestre mirando el cielo y sin querer ir a ninguna parte.

Luces de mi infancia



A pesar de haber llegado la humanidad al siglo de las luces, en Alcázar nos alumbrábamos con candiles, capuchinas, algún farol y mariposas.

La obra fuerte, antigua, de hierro o metal dorado, empezó a sufrir entonces la competencia de la hojalatería, con más adorno pero menos solidez en su fábrica. El candil de hojalata se desestafaba con el calor del fuego y se le salía el aceite, pues su sitio habitual era un clavo en el humero. La capuchina, sobre la cornisa de la chimenea, no tenía ese inconveniente. El farol, cuando lo había, se reservaba para salir al aire.

La cocina alumbrada por el candil del fuego ofrecía un aspecto tétrico. Sobre las paredes se proyectaban sombras alargadas de personas y objetos. En la estancia apenas se veía. Era corriente y natural que el que entraba se presentara diciendo: «¡eh! ¿qué se hace?» Porque aun alargando la cabeza y agachándola, no distinguía lo que había en el corro.

Para salir de la cocina había que ir a tientas, porque el aire apagaba las luces y para evitarlo se protegía con el cobijo, guiándose por el poco resplandor. Si la distancia era larga, se consideraba preferible echar una «velilla» al llegar donde se iba, que no ir con el pábilo del candil cruzando patios y corrales.

El quinqué de pared, el de sobremesa y mucho más el colgado del techo, representaron un progreso notable y un gran dispendio en favor de la iluminación casera, alternando con los cabos de vela en candelabros y palmatorias. Sin negar su adelanto ya reconocido, estos medios de alumbrado representaron cierta pretensión o presunción en las personas. El candil y la capuchina eran del puro pueblo. El quinqué y la palmatoria de los amigos de aparentar. Después se hizo general su uso y cuando vino D. César Anaya de Filipinas y montó la fábrica de la luz eléctrica haciendo el edificio que ahora es bodega en la calle Pascuala, quedaron arrinconados todos aquellos artefactos, cuyos buenos servicios nos ha venido a recordar el tiempo en medio de los más asombrosos adelantos.

Relinchos

HACE poco, me recordaba la Adriana los relinchos de que eran objeto las novias en nuestra mocedad, a propósito de una, que apareció en la puerta muy floreciente, y el mozo exclamó al verla:

—¡Arrialai, gallo pelón!

Causa risa, pero estas expresiones eran habituales y es seguro que la muchacha lo oyó con regocijo, más complacida que si se le hubiera acercado en silencio, y la misma Adriana siente cierta cosa, allá en lo hondo, al rememorarlo.

¡Qué brutal, ¿Verdad?. Pero qué animalidad tan agradable cuando la sangre moza se agolpa turbadoramente.

Fueron con mucho, los pastores, los más sobresalientes en estas manifestaciones, aunque nadie estuviera aquí totalmente libre de ese pecado al que contribuían las costumbres generales, los medios de vida y la necesidad momentánea.

El novio o pretendiente tenía que hacer notar su presencia a gran distancia, por la separación en que vivían las familias y para lograrlo seguían sus prácticas habituales. Si se apartaba una oveja del rebaño, para acarearla, la voceaba y le tiraba un canto; para que la novia se enterara en la lejana cocina de que la estaba esperando, hacía lo mismo: dar con la garrota en las piedras de la cuneta, echar a rodar por la acera cantos gordos y darle voces al que pasaba o a la luna. Como la novia tenía que hacer mil equilibrios para salir y no siempre lo lograba, surgía la impaciencia y se acentuaba la brutalidad, con regocijo de las vecinas que lo escuchaban riendo y diciendo: «¡Qué animal; no se dará cuenta de que la muchacha no puede salir!».

Este hombre, habituado a oír relinchar la yegua hatera cuando la rastra se quedaba atrás, testimoniaba su ansiedad ante cualquier mujer con voces a los

amigos, diciendo: «¡Echamela pa acá!».
«¡Acércamela!».

No se quedaban atrás los gañanes y los menestrales, con aquello de «arrialai moñigona, que paíces una espiga de carrerilla reventando». O «sal aquí, raspa de pescaco, que te voy a espíscar pa echarte en el ajo»; o el conocido «sal aquí, patata asá»; o el no menos reiterado de «sales o lo vierto»; o «sal aquí, cacho tocino, que te voy a freir pa ronchar la corteza» etc., etc.

Otros, más delicados y aun los llamados señoritos, tenían que hacer algo, porque ¡a ver qué remedio quedaba! y buena envidia pasaban algunas de no ser cortejadas con aquella ruda y fuerte naturalidad de los potros que venían de la «muletá». Hasta en Madrid pude apreciar de chico lo bien que caían esas «barbaridades», porque contagiado del mal, solté un relincho por la ventana de un patio, que se recibió con risas y agrado. En la habitación, estimulándome, había una mujer de cierta edad que también se complacía en el retozo del recental y hasta que se murió, a los muchos años, dió pruebas de tenerlo presente. ¡Misterios de la vida!

Después, como Médico, he conocido a fondo la influencia que el contacto con los animales tiene en la vida de los hombres que los manejan y las múltiples prácticas a que dá lugar. Es, después de todo, la influencia del medio y el sello que la ocupación dejan en el que la desempeña, pero que en esos años de la iniciación tienen floraciones secundarias, de carácter espúreo, que gozan de una pujanza admirable debida al flúido vital que lo impregna todo y hace grato siempre a la potranca el impulso natural y la movilidad vibrante de los potros de toda especie.



El Paseo - Su hora muerta

Son las tres, avanza la siesta,
anda solano, hay tolveneras.
El bampa ronca a pierna suelta
y la galbana llega hasta las eras.

El cojo el portero y un consumista
recuestan la espalda, chascan la silla;
cierran los ojos, pero con vista,
sin dejar las garrotas ni la colilla.

Rincón de Maldonado, tienda de «Perra»,
mosquiteros y gasas, grandes cortinas,
tajadas de sandía entre la tierra
y latas de sardinas.

En la taberna de Pedro Advíncula,
un gato enredita
se sube al anaquel;
la Sebastiana dormita
y como nadie le grita
cree que es el rey de Tulé.

Aprovechando la vaga de la siesta
sale el «Manquillo» con la escopeta.
Va como a la sordina,
(un poco colgante a la izquierda, la chaqueta)
hacia el camino de Carrasardina.

Escaparate del «Siro»,
mojetes de azafrán y pimentón
tapados con tul descolorido.
Faco Rincón, hombre profundo,
tiene su concepto de este mundo
y, dentro del figón,
de todo, como en la vida del Señor.

¡Oh! siestas de la Villa,
las bocas secas, la sangre hirviente;
el demonio suelto entre la gente,
desatracada la portaita.

Ruidos de carrillos en los pozos,
acechos palpitantes;
cantos de gallos contagiosos,
ojos brillantes.

Pajarillos volanderos
que cohibe el gavián,
cuadras, pajarés, graneros;
vuelan los vencejos en zig-zag.

En esta hora muerta,
el perro del café «La Paja»
abre la puerta;
busca compañía con afán
y si no la encuentra,
gruñe, entra,
y se tumba en un diván.

JUAN Serrano, «Marica el Mono»—era un tipo especial de Alcázar— como lo fué la Isidra «La Sira» y «Macocas», velludos como Juan, gordos, vestidos con holgura y dados al tráfico comercial.

Juan llevaba unos pantalones de pana negra, enormemente anchos y una blusa del mismo color, como las alpargatas y la boína. La blusa le llegaba a las corvas y la boína bien encasquetada. Los ojos quedaban ocultos por unas cejas espesas y salientes que formaban una bisera de cerdas blanquecinas.

De joven iba a hacer sábado a las casas, por lo que se le llamó «Juan Marica». Empezó a llevar espárragos a Madrid, vió el Rastro e implantó aquí el negocio.

Su establecimiento de la calle de las Huertas, idéntico a muchos de las Américas madrileñas, era un local grande, sin más luz ni ventilación que la de la amplia puerta. La mercancía estaba formada por el desecho de todas partes; herrajes viejos, llaves sin cerradura, cerrajas sin muelle, alfileres con cardenillo, capuchinas y candiles. «gatos» para cazar pájaros, trébedes, pistolones mohosos, quinqués y relojes descompuestos, una bigornia para enderezar clavos y un torno para sujetar las llaves y quitarles la herrumbre, amén de patas de cama, marcos sin estampa, cucharas y sarlenes y mil cachivaches inservibles. Sin embargo, una vez coincidió con varias mujeres en la compra. Una era viuda y otra burlonamente le dijo:—«Anda Juan, bien te podías casar con esta». La aludida se engalló diciendo:—«A ver si te crees que me he quedado para eso». Juan, mohino, refunfuñó:—«Ni yo tampoco, que no me gustan los trastos de segunda mano».

El motivo de ser visitado por los chicos, era que vendía chupones, garbanzos, alcagüetas y castañas asadas, en su tiempo.

Tenía a gala su espíritu económico. Vivía solo. Se cocinaba él y nadie podrá decir que le vicia desechar nada. Para Juan no había desperdicios. Para desayunar compraba una perra de «cachos» en la churrería. Si le sobaban los echaba en la comida y le estaban como «almondiguillas». Muchos de estos detalles son manifestación del propio interesado para corresponder a la segunda intención con que se le preguntaba y cuando decía que iba a almorzar una ensalada de tachuelas gordas, luego se preparaba una vinagreta que olía a gloria, según pudo apreciar la Juliana de «Pintafrailles», que vivía cerca.

No sabía leer ni escribir y hacía dibujos en la pared, mayores o menores y más o menos regulares, según las características de los deudores que tenía en su negocio.

Decía que los albañiles, a las doce, parece que les da la campana con el badajo en la cabeza y ya no pueden hacer nada. A las tres, parece que les dan con una vedija de lana y no la oyen. Si estaban echando cielo raso, les decía al irse: «tener cuidado, no os vayais a pinchar con las tachuelas que os hayan quedado en los bolsillos».

Decía que Cristóbal había sido el hombre más listo de Alcázar, por haber hecho un **abujaro** en la **paer** por el que todo el mundo metía los cuartos.

Hizo dinero y lo prestaba con su cuenta y razón. A su muerte dejó un buen capital a sus familiares.

Otro caso de ambigüedad raro en Alcázar, fué el de «Antonia la Marica». Como Juan, Antonio Pacheco, conocido por «Antonia la Marica», era muy velludo, parecían osos, de los casos más acentuados de hirsutismo en la ciudad, y como él vestía de negro, pero su feminidad era más acentuada, manifiesta al andar, en los ademanes, en el habla y en la indumentaria, pues sobre el pantalón de pana llevaba siempre el mandil y en la cabeza el pañuelo a lo mujer.

Su medio de vida fué la asistencia a las casas, siendo tan limpio y trabajador como la primera mujer, por lo que era apreciado y solicitado.

Jamás dió lugar a sospechas por las que se le debiera repudiar, aunque su ambigüedad era manifiesta y cuando pasaba por entre los hombres y le decían algo, él, acaso no exento de complacencia y como ruborizado, solía decir femeninamente: «¡Ay, hija, qué poca vergüenza tienen en este pueblo los muchachos!».

Portales

AL sacar las viviendas del interior de los patios, fueron poniéndose los portales a la calle. Los pueblos, cuanto más pequeños, tienen más tendencia a estar en la calle; de ahí las rencillas y enconamientos agudos, por el rozamiento continuo y la observación aquilatada y suspicaz.

El cambio no modificó la costumbre de tener la puerta abierta desde el momento de levantarse hasta la hora de recogerse a descansar. El no abrir la puerta era indicio de anomalía que chocaba. Si el aire o el **resistidero** apretaban mucho, lo más que se hacía era entornar y en el verano ponían una cortina por dentro para que no entraran moscas.

Cualquier extraño podía considerar el pueblo deshabitado durante la siesta, pero cada rendija era un observatorio fijo y la suma de las observaciones, cotejadas entre las vecinas al sentarse en las puertas, dejaban explicado al detalle el motivo del más leve movimiento de una paja.

—¿Dónde estabas esta mañana?

—Hija, ¿por qué?

—Porque se asomó una gallina y dije: ¿qué estarás haciendo la Hermenegilda, que se le salen las gallinas?

—Subí a por una cuerda de uvas.

—Yo dije, a lo mejor es que ha venido Julián con ganas de fiestas.

—¡Qué cosas tienes!

—¿Qué hubiera tenido de particular?

Y con ese motivo las vecinas siguen largo rato comentando por lo bajo sus más recientes apreciaciones del contorno.

Las desocupadas antiguas, recuerdan que el «Fresco» tenía siempre cerrada la puerta de su casa, cuando no se cerraba ninguna. Era un ricote que vivió en la calle del Cautivo y cuando murió encontraron los dineros en un nido del palomar. ¡Por algo cerraría la puerta!, decían las vecinas, dándole a la cabeza con esa maligna intención típica de todos los pueblos.

Una nieta del «Fresco» fué el primer cadáver que pasó por el Paseo del Cementerio, después de hecha esta vía.

Contante y sonante

ERAN las dos cualidades sobresalientes del dinero en aquel tiempo.

El carácter de sonante lo ha perdido completamente, más que por su poca circulación, por su desestimación en el concepto de las gentes.

En todas partes había piedra de marmol para sonar la moneda, haciéndola botar, pues en el timbre y en el bote se apreciaba su calidad, aparte de su aspecto, pues aun siendo huecas, si sonaban mal, eran rechazadas por tener «hoja» aunque no se le viera la raja.

«Galo», el cobrador de Santiaguillo, siempre iba con el saco de lona al hombro lleno de duros, pesetas, reales, perras gordas y perrillas y aquel andar apresurado que fué también característico de otros posteriores, hasta Eduardo

el sacristán que es el último, según creo, que llevó saco porteando **pesetas vaticú**, según se las llamaba ponderando su efectividad.

Un detalle deslumbrante para los chicos, era la manera de manejar el dinero algunos hombres. Se entraban la mano entera en el bolsillo del chaleco, por lo general cubierto con la faja y sacaban un puñado de duros, pesetas y perrillas para rebuscar lo que necesitaran de momento. La gente de la Plaza, arrieros y trajinantes, sobresalía en estos modos. Después de pagar volvían a guardarlo y se estiraban la faja cubriendo la rendija con el moquero. ¡Acostumbrados a no tener nunca dinero, se quedaba uno con la boca abierta al ver el aire de suficiencia que daban a este acto y el ruido que hacían al contar los cuartos!



EL CURA PAREJA

D. Ramón Pareja Romero

EL cura Pareja, sacerdote cuyo recuerdo perdura en la memoria de los antiguos alcazareños, por su carácter campechano, su generosidad y su simpatía.

Nació el 31 de Agosto de 1840 y murió el 16 de Agosto de 1898 en la casa de la Peñaranda, de la calle de Santo Domingo, donde vivía, unos momentos después de celebrar la Santa Misa.

Tuvo una voz privilegiada que le dió justa fama en todos los actos del culto, haciendo que el pueblo se agolpara para escucharle y como consecuencia—¡oh flaquezas humanas!—tuvo que soportar las envidias que le proporcionaron muchos disgustos, hasta el punto de que una vez, buscando el bonete, fué a dar con él en cierto lugar excusado y retó tan enérgicamente a los autores, que se ausentaron temerosos. Por eso se hicieron tantas conjeturas sobre la causa de su muerte, en un alarde de fantasía dieciochesca.

Fué un hombre de carácter abierto y de una simpatía arrolladora a prueba de las miserias pueblerinas, que no obstante reconocieron siempre las relevantes prendas de D. Ramón; amigo de la broma honesta, asistía con D. Magdaleno y Manzanique a las sesiones de guitarra y merienda y en cualquier casa del pueblo era acogido con amor y sentado a la mesa, si llegaba a tiempo. Era un alcazareño integral; sencillo hasta la llaneza, bueno, desprendido, contento de su pobreza, tolerante y enamorado de las virtudes cristianas sin mojigatería.

Su muerte dejó una estela de sentimiento tan grande, que no ha logrado extinguirse, pues todavía hay quien dice: «¡Ah, D. Ramón Pareja, qué hombre!».

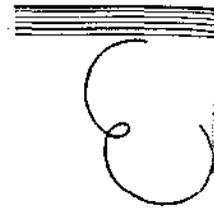
Doña Enriqueta Sáinz Pardo, "La Pantoja"

LA gran humanidad de Doña Enriqueta empequeñecía todo cuanto la rodeaba, contribuyendo al efecto dicho la circunstancia de que siempre se la viera sentada en un gran sillón, porque grande tenía que ser a la fuerza el que alojara el cuerpo más pesado que se ha conocido por estas latitudes. Sentada en su comedor era una parte, la principal, y todo lo demás, otra.

No se puede hablar de «La Pantoja» sin pensar en su época y en los modos de su época, opulentos, abigarrados, de un barroquismo integral. Las señoronas se caracterizaban por su gordura, por su altura, que parecía acrecer con la elevación del talle, por su altivez favorecida por el ceñido y rígido corset, por el acumulo de joyas, por la amplitud de sus vestidos, por su desenvoltura de palabra y ademanes, dentro de la corrección, por su ampulosidad, en fin.

Localmente fué «La Pantoja» una representación de todo ello. Se pasó la vida luchando contra la gordura, tal vez en forma más aparente que real y desde luego sin que se pusiera en vigor un recurso cuya eficacia nos llenó posteriormente de asombro: la moda. Al cambiar el tipo de mujer, al no llevarse las formas opulentas, nos produjo y sigue pro-

Medo alcazar



Aunque D.^a Enriqueta, tuvo también

duciendo gran asombro ver cómo la mujer es capaz hasta de cambiar las características constitucionales de su organismo para estar a tono con la figura ideal de cada momento.

Hemos visto esbeltísimas y sin alteraciones apreciables de su salud, muchas mujeres a quienes habíamos conocido bien abultadas toda la vida.

Los recursos puestos en juego por Doña Enriqueta no pudieron evitar las tres papadas, las caderas disformes y los molletes que resaltaban la pequeñez de su nariz, chata como la de la Infanta Isabel.

Mujer naturalmente pomposa, disponiora, regaló un manto a la Virgen, cuyo acto retumbó tanto, que sigue sonando todavía.

Como otras muchas personas arrogantes de la época, era un temperamento infantil.

En momentos de cólera, no infrecuentes y aumentados por su dificultad para moverse, vibraban todos sus músculos y se enrojecía su cara hasta el extremo, dando la máxima rotundidad a sus palabras veídas en esos instantes por disonante ronquera.

Después de la muerte de Pareja la nombraron Presidenta-Tesorera de la Hermandad de la Virgen, que regentó durante 30 años y dicho se está que para ella regentar no era una palabra sin contenido, pues además de sus kilos tenía sus bemoles y su credo particular, para no estar escasa en nada e incluso su leyenda dorada pues cuando la gente tenía que ponderar el capital de alguien, decía que tenía tantos dineros como «La Pantoja», pero nunca se dijo más que «La Pantoja», sin duda por considerarlo imposible.

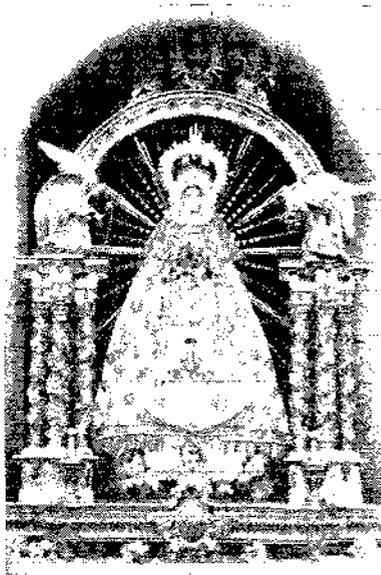
La Virgen del Rosario

El fervoroso culto de los alcazareños en general por su Santa Patrona es proverbial. Ninguna otra imagen podría presidir este medallón en el que figuran personas que le tuvieron la mayor devoción, un poco desgarrada según el espíritu de la época.

Aparte del pueblo, son muchos los religiosos alcazareños que han ido por el mundo amparados por la fe en la Virgen del Rosario y que al volver le han rendido los más cálidos homenajes. De ellos los que más se recuerdan son el Padre Panadero, Fray Indalecio Casero, el Cura Pareja y D. Jesús Romero. Todos alcanzaron justa fama en su predicación a la Virgen, pero ninguno igualó a D. Ramón, cuya voz vibraba con acentos sublimes sobrecogiendo a los oyentes cuando se exaltaba hasta el arrobamiento.

La gente quedaba muy impresionada después de oírle, por eso al morir le pusieron esta alejuya en la lápida:

A la Virgen del Rosario
adoré con tanto anhelo,
que al dejar la vida esta
me dió la eterna en el cielo.



LA VIRGEN DEL ROSARIO



a tuviera sus arro-
sus veinte años.

Cada una de las personas de este medallón, figuras simbólicas de Alcázar en aquel tiempo, se acercan al ara de la Virgen con la carga que el destino ha puesto sobre sus hombros. D. Aurelio, escéptico y diplomático, incapaz de una alteración protocolaria. Doña Enriqueta poseída de un entusiasmo infantil por su Santa Patrona y mirando de reojo debajo de las andas, recelosa, desconfiando del mundo. D. Ramón, férvido y fogoso, entregado a la adoración sin condiciones y sin creer que hubiera falta en sacar a bailar a la novia, cuyo enlace se había bandecido un rato antes.

La Virgen, esta Virgen indulgente y magnánima, Máter Augusta, parecía acogerlos por igual, amorosa y satisfecha de sus hijos que en el fondo eran uno y lo mismo, pedazos de su alma que no podía desatender ni dejar de amar y a la postre todos quedaban contentos del buen corazón materno, a prueba de travesuras y desahogos propios de una época superficial y contradictoria, enemiga de preocupaciones y de empeños que roben la calma.

La Virgen del Rosario todo lo perdona y cuando, también opulenta, hace posete en la puerta de Doña Enriqueta, al ver que se le saltan las lágrimas y hace pucheros parece decirle: «¡No te apures hija, que todo se arreglará. Dios es misericordioso!».

D. Aurelio Serrano Villarejo

POCOS pueblos habrán visto su vida tan illuida por la de Madrid como Alcázar. Aparte de Aranjuez, El Escorial y La Granja, seguramente ninguno. Con más o menos extensión todos los matices de la vida de la Corte han encontrado en Alcázar cierto eco y a veces representaciones personales sumamente características: una de ellas fué D. Aurelio Serrano Villarejo.



D. AURELIO



Todo en estos trabajos es pesado, costoso y sin brillo, faltar de lucimiento como la fotografía.

Solo moralmente cabe valorar el esfuerzo y en tal sentido esta fotografía borrosa, apollada y vulgar, tiene el mérito de probar el amor de Pareja a la Virgen del Rosario, puesto que se hizo retratar con ella, como supremo galardón, en una época en que casi nadie se retrataba y los que lo hacían era con algún motivo excepcional, como lo fué este, sin duda alguna, para el querido y popular presbítero, que aparece aquí, joven, oronado y con el bonete de medio lado que dice muy bien a su cara y a la jovialidad de su alma alcázareña.

El espíritu señorial encontró su personificación local en este hombre elegante, fino, correcto y delicado, irónico y tranochador, merecedor de una gran fortuna por saberla gastar como nadie de bien y con el beneplácito de todos. Despejado por naturaleza. Buen conversador, a ratos elocuente, esgrimiendo el fino florete de sus agudezas como era corriente en la alta sociedad, sin que le faltara el detalle ornamental de la calaverada tan de rigor en la época para acrecentar la simpatía.

Ejerció la abogacía bastantes años y fué Secretario del Ayuntamiento, completamente en serio, aunque él decía en broma: «Lo que ha ido a pasar en Alcázar, nos hemos juntado Pablete de Alcalde, Aureliete de Secretario y Emiliete de Oficial. ¡Quién lo había de pensar!».

Nació el 7 de Enero de 1874 y murió el 5 de Marzo de 1927.

En diferentes ocasiones quiso ser diputado a Cortes por Alcázar. La fotografía que reproducimos corresponde a la época en que lo intentó por primera vez hacia el año 1911, con carácter independiente, muy animado seguramente por la fogosidad de D. Oliverio.

La Clotilde del estanco

¡LOS madriles de Chuecal
(Los madriles de antaño!
Recordar un momento quisiera.
.....

Ya entonces, en el acmé de su esplendor, encarnaba la Clotilde al espíritu de «La Viejecita» empeñada en ir al sarao en carroza abierta, en pos de los tiempos que alegres pasaron y no vuelven más, con su manecita gatuna, que acaricia y apresa, su palabra insinuante y su picarillo mirar.

«Al espejo
al salir
me miré.
Y mi busto
a mi gusto
allí vi.
Y al hallar
tan chiquito
mi pie.
El convite
aceptar
decidí».

Y allá fué la carretela, porque la habilidad de la Clotilde no conocía dificultades.



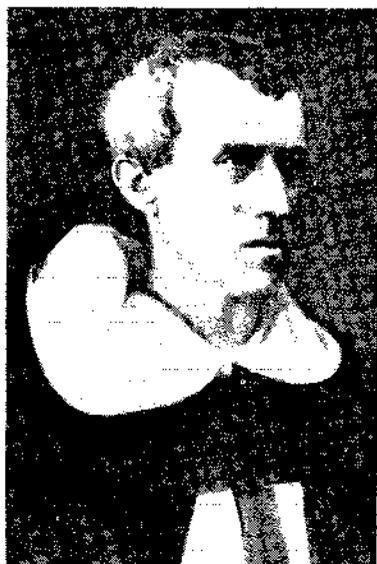
La botillería

El ferrocarril y el carácter industrial de la gente levantina, extendió a los pueblos más importantes de la red la industria horchatera, sobre todo a Madrid y como Alcázar, desde que empezó a asomarse a la Puerta de Atocha, no ha carecido de nada que hubiera en la coronada Villa, tuvo pronto sus botillerías donde podía irse a tomar horchata o agua de cebada fría los domingos por la tarde o a primera hora de la noche.

Hubo varias en diferentes patios de la Plaza, tal vez una de las primeras, en el patio de la casa de Guerrero—actualmente colegio de las monjas francesas.

Ir a la botillería a tomar horchata, era un convite de calidad que no todos podían permitirse y que obligaba a componerse a las señoras y a recomportarse a los caballeros, y en cuanto a los jóvenes, a estar con el colmo de la modosidad.

En una ventana de esta mansión, dice la Adriana, que exponían el **mayorazgo** de la casa, el día de Jueves Santo, que consistía en una gallina con doce pollos, de oro macizo.



El Padre Félix Coronado Beteta

a España y mientras fué Capellán de Medinaceli, hizo sus ahorros, para emplearlos en la reparación del Convento de Alcázar de San Juan, su pueblo natal.

De constitución endeble, como se aprecia en la fotografía y con manifiestos quebrantos por las penalidades de la situación, al ir a Roma, donde existía el único Convento de Trinitarios que había quedado y con el propósito de gestionar el retorno de los frailes a España, por si moría en el camino, dejó a las monjas Trinitarias de Madrid unas quinientos mil pesetas, con la indicación de que serían destinadas a la reparación del Convento de Alcázar.

Volvió contentísimo, con la certeza de que los frailes vendrían a España a restaurar la Orden de la Santísima Trinidad, empezando por el Convento de Alcázar de San Juan.

Lograda esta conformidad, dedica su celo a conseguir del Obispo que le devolviera la Iglesia. Ocupaba este cargo D. Victoriano Guisasola y Rodríguez, primer Obispo que tuvo la Diócesis, que accedió a la petición del Padre Félix y se hizo representar en el acto de la entrega por su sobrino D. Victoriano Guisasola y Méndez, luego Cardenal Arzobispo de Toledo.

A continuación consiguió de las autoridades civiles que le devolvieran el Convento, pero este llevaba muchos años habitado por numerosas familias del pueblo, como se oye todavía referir en las reuniones caseras.

El tesón del Padre Félix lo fué allanando todo e hizo las obras de reparación, valiéndose de Angel Galán, padre del también maestro albañil Gregorio Galán, quedando todo listo para la toma de posesión por los Trinitarios de su antigua Iglesia y Convento, a mediados de mayo de 1879, acto solemne en que el Padre Félix Coronado entonó el Tedeum de acción de gracias a Dios Nuestro Señor que le conservó, milagrosamente, la vida, para que antes de entonar el «Nunc dimittis» viera cumplidos sus nobles anhelos, pues antes del año de restaurada la Orden en Alcázar, entregó su alma a Nuestro Señor.

Pronto se formó una numerosa Comunidad, base y fundamento de otras fundaciones, que se fueron extendiendo por España, merced a la constancia de este alcazareño oriundo de la «Chela», que no niega la pinta, restaurador del Convento de Alcázar y puede decirse que de la Orden de los Trinitarios en todo el país.

GRACIAS a las aportaciones del ilustre alcazareño, Reverendo Padre Domingo Cortés, podemos publicar esta breve nota biográfica de un paisano al que tocó vivir un período de prueba dentro de su vocación.

Nació por el año 1815, en la calle de la Trinidad, en la casa del rincón llamada de Vilaplana, junto a la de Belmonte.

Era sobrino del ex-General de la Orden Rvdmo. Padre Ignacio Beteta y López, natural de Villairanca de los Caballeros, de donde era oriundo el Padre Félix por parte de su madre, aunque naciera en Alcázar.

Al ingresar en la Orden, inicia sus estudios en Alcalá de Henares, donde le sorprendió a poco la desamortización, siendo exclausturado y apresado, residenciándolo en el penal de Ceuta, donde permaneció dos años.

Vuelto a España, continúa sus estudios hasta cantar misa, sucediendo a su tío el Padre Ignacio Beteta como Capellán de Nuestro Padre Jesús de Medinaceli.

Su anhelo, dice el Padre Domingo, a quien se debe íntegramente el mérito de estos recuerdos, fué siempre la vuelta de los religiosos Trinitarios

Los finaos

LA de los Santos, ha sido siempre en Alcázar una fiesta triste.

¿Que es natural?

Pues no, no lo es, porque la gente se paseaba y se divertía lo que podía. El misterio estaba en que haciendo lo de siempre, lo hacía tristemente, como el que lleva dentro una coseja que le inquieta.

El tiempo favorecía ese pesarejo con su frialdad y con tener que sacar la ropa de invierno, pero lo esencial es que se sentía miedo. Nadie estaba completamente seguro de no ser visitado por los difuntos y que algún finao no le cortara las orejas y se las pusiera de **pescado**; esa era la cuestión; que las almas estaban sueltas y podían tirarnos de las orejas en cualquier momento.

Todo el mundo se recogía temprano. No se veía una rata por las calles. En un rincón de cada casa había un cacharro con abundantes lamparillas chirriando toda la noche para alumbrar a las ánimas, que vieran por donde iban, no fuera que en la oscuridad se toparan con nosotros por andar a tientas. Las campanas no interrumpían su toque lúgubre y amedrentador. En la torre se comían tortas en sartén con chocolate y apenas amanecía salían todas las viejas, — en los días tristes, como en las ciudades muertas, solo se ven viejas, — con sus mantellinas y sus rosarios a dar gracias al Señor por haberlas sacado de día tan medroso y por haber recogido las almas con las cuales nadie quería cuentas, al parecer.

Entierra

Ese momento:
desde que sale el cura
de la casa del muerto
hasta que sacan el féretro,
¿Cuánto dura,
que todos sienten hartura?

La mesa de los muertos

¿DUÉ habrá sido de ella?

Ya no se la ve.

En esa previsión de los sacristanes para no tener nada pendiente, se veía esta mesa, puesta de frente, en la puerta de la iglesia, los días que había entierro, mucho antes y después de que este tuviera lugar. ¡Como que en eso conocía la gente si había espichado alguien!

La glorieta, solitaria. La paireta, desportillada. La iglesia entornada y la mesa negra puesta en la calle

Hasta ella se llevaban los muertos a mano, con las cajas destapadas, para entonar el gorigori y desde allí se cogían los ataúdes hasta el cementerio.

La pobre mesa que tantos ayes tuvo que escuchar, desapareció, por inútil.

Que en paz descansa, pues como hubiera dicho Araque, también tenía derecho.

La Puerta Cervera

CON la construcción del Cementerio actual tomó esta calle la triste animación que la distingue, modificada según lo van imponiendo los tiempos. En los de mi infancia, de vida más pobre, más recogida y reposada, el esplendor que ofrecía la calle el día de los Santos, el más alegre para ella, era debido al aposentamiento de las mozas en las aceras o en los portales si el día era desapacible.

Empezaba la fila de sillaneras en la casa de mi abuelo Juan Pedro, la de la Torrecilla, la Inocenta la Serena y el tío Joaquín Vela. Más delante había otro núcleo muy bullicioso en la casa de Justo el polvorista. Esta acera como caldeada por el sol poniente, estaba más concurrida que la de Casto el Zurrante y el Molinerillo Hermoso.

Las aceras estaban cubiertas de peludos para poner los pies. Se comían tostones, alcagüetas y por primera vez ese día castañas asadas.

Las mozas llevaban unas chambras con puños de volante o de puntilla, que les llegaban hasta los nudillos, botas de botones abrochadas hasta media pierna, según se apreciaba viéndolas quitadas, porque puestas solo se veían las punteras por debajo de las sayas.

Los mozos paseaban o remoloneaban por las esquinas atizando la hoguera amorosa con el fuego de las miradas, que entremezcladas con los lloros y exclamaciones de los visitantes del Cementerio dejaban ver el eterno discurrir de la vida por entre el llanto y la risa.

Buenos y agradables son los recuerdos de cualquier rincón del suelo nativo, pero los de aquel a que os conducía de pequeño la madre idolatrada, tienen especial ternura y en este caso el sello indeleble de una escena de dolor, el dolor famoso, causante de la muerte del tío Juan Pedro en aquella alcoba tan grande, entre un grupo de familiares oprimidos por el violento sufrir del agonizante.

OMISIONES

EN relación con los usos campestres publicados en el fascículo VI, se nos han señalado dos omisiones importantes. Durante la comida se procuraba alejar al perro diciéndole: «tuso», al tiempo que se le tiraba un canto. Una vez acabada la comida se le llamaba: «chile, chile» y se le ponía el caldero para limpiarlo lamiéndolo.

El caldero, lleno de polvo, antes de disponerlo para guisar, se limpiaba con el rabo de la mula, doblando las cerdas para hacer un manojo.

UN personaje importante que se ha omitido en las referencias de la Cruz Verde, es la Chatilla la enjalbegaora, que vivió en la misma casa del Cristo, en aquellas portadas por donde se entraba y subía a la casa del cerrete Merccc recordarse porque blanqueó el pueblo mucho tiempo, sobre todo las puertas de la calle, (entonces no se decía fachadas). Nunca usó escaleras. Llevaba dos cañas con cazo en la punta y dos pellejillos. Desde el suelo tiraba la cal con gran arte para no desperdiciarla y con los pellejos la restregaba dejando la pared como una patena. ¡Menuda era la Chatilla!

CUANDO fui a trabajar de muchacho a Madrid, tuve que comprar un baúl para la ropa. Era un baúl pequeño, individual, forrado de una chapa color de oro viejo. Por dentro estaba cubierto de papel gris con pintas menudas, negras. En la parte superior tenía una bandeja para prendas planchadas. Era un arte conservar la ropa sin arrugar en estos cajones, cuando no se prodigaban los armarios, como ahora, ni había dónde colgarla, libre del polvo.

Fué mi compañero inseparable de latigas, sirviéndome hasta para atrancar la puerta por las noches durante una larga temporada de quietud y de trabajo, pero empezamos a dar vueltas desentendiéndonos el uno del otro y nos separamos; separación tan radical, que más bien fué olvido absoluto. Aunque coincidiéramos en un sitio, no nos veíamos siquiera, no reparábamos el uno en el otro, como si no nos conociéramos, más todavía, como si no existiéramos el uno para el otro.

Esta mañana, me hallaba en un rincón de pasillo que forma habitación, escribiendo una carta sobre una meseta de estudiante y, de pronto, me di cuenta de que orilla de mí, medio oculto por una cortina, estaba el baulillo, mi baúl de muchacho, tan pequeñejo, tan bien conservado, contemplándome con la impassibilidad de las cosas inanimadas.

Lo miré largamente, como nunca, me pareció que me reprochaba algo, pero sin rencor, incluso con amor. Recordé la larga convivencia, la grata e inolvidable compañía en aquellas noches solitarias, de aclimatación a la nueva vida, recién llegado del pueblo, cuando todo era extraño e inseguro y solo él, el baulillo, daba refugio en qué confiar el pequeño ajuar, o las cartas de los padres o las cartas de los amigos, tan frecuentes y tan gratas en los principios de ausencia juvenil, o esas cuatro cosas que nos entretuvieron de chico y que por no querer separarse de ellas se

traían como impedimenta y cuyo repaso en la soledad de la noche constituía expansión única y deleite incomparable añorando el lugar y la casa paterna. Muchas veces, colocar el baúl innecesariamente era un lenitivo para las penas que no podían hallar consuelo de ninguna otra manera, entre las cuatro paredes de un cuchitril inmundo, en el mismo lugar del trabajo. Este medio hacía más íntima y efusiva la relación con el baúl, única cosa propia que había en la estancia, guardando en su seno todo lo que en ese tiempo recordaba los seres y las cosas queridas.

Me ha dado mucho gusto encontrarme con el baulejo, después de tantos años. Está que parece nuevo, casi mejor que cuando dejamos de vernos.

Cuando viajaba conmigo, no me cansaba de liarle cuerda para asegurar la tapa. Un conductor bigotudo, le dió, una vez, un empujón desde un furgón y le hizo varios chichones, pero se le han borrado con el tiempo o tal vez el cuidado que tenía de él me hizo ver mayores las heridas de entonces. Ahora tiene hasta buena presencia.

¿Que pensará el baulejo? ¿Sentirá la añoranza de las antiguas correrías? Está un poco rechinante, engallado, como diciendo: «¿Te atreves a que nos vayamos?» ¿Dónde querrá ir este enaño con pinta de muñeco de ventrílocuo? ¿Se dará cuenta de que hoy no lo miraría nadie, ni serviría para maldita la cosa?

Cuando era el único asiento que se veía en mi habitación, se posó sobre él un médico barbudo, de buena posición y no muchas necesidades, según el cual nadie sabía lo que valía un baúl en una casa de huéspedes. Esto se dijo allí varias veces y puede que el engrimiento del baulejo se deba a ese recuerdo, porque el tiempo va haciendo cierta la frase, aunque ya no se vean baules en las casas de huéspedes, pero es evidente la marcada inclinación de la humanidad hacia aquello de que «el buey suelto bien se lame».



Cae el día

LOS tres grupos esenciales de la vida alcazareña no «daban de mano» nunca como los trabajadores lugareños, sino que a cubre luz se recogían hasta el alba, y cuando venían a sus casas, era el de la llegada, anochecido, momento sabiosamente típico y castizo en la vida local.

El peón, sentado en su borrico, con el azadón en el asa de las «aguaderas» que, además de los atalajes de diario, traían siempre algo para la casa: cepujos, hierba para los conejos, espigas para cocer o algún bicho cogido casualmente, llegaba a la puerta con poca luz. Al oírlo, salía la mujer con el candil. Desaparejaba en la puerta, siempre pequeña, de una hoja, un poco hundida. El borrico entraba receloso, afianzándose en los cantos del portal. El peón le seguía, cargado con las «aguaderas» apoyadas en su barriga, arrastrando «los ataeros» y arreándole hasta la cuadra.

En la cocina ardían cepas cubiertas de paja retostada. Cocía un puchero.

Entre el olor de moñigos, el sudor de los cuerpos, las cepas y la paja quemadas, al vaciar la ensalada de habichuelas, a la luz del candil colgado en la cornisa, en la cocina había un olor fuerte, no desagradable, que al echarles el vinagre a las judías humeantes en la cazuela abría un apetito especial que pedía la cebolla y el buen trago.

El pastor y el gañán llevaban más impedimento y hablaban continuamente con los animales, sobre todo los pastores, de vida más solitaria.

Ellos decían que los animales eran como las personas, aunque fueran malas comparanzas, que sienten y se quejan como las personas.

Al llegar el «ganao» se apretujaba contra la «portá».

—¡Ia, ia, Perdigonal! ¡Ia, ia, Brillante! ¡Anda Churral! ¡Ahi tú, Venenol! ¡Entra Romera! ¡Anda Preciosa!

—Guau, guau, guau, ladran los petros.

El pastor iba ordenando con la garrota el paso de los animales y las cencerrias apagaban su sonido en el fondo del corral.

Poco después, en la puerta de la novia, se oía decir:

—Sal aquí, cordera: ¿Es que no vas a salir?

El gañán hablaba continuamente a las mulas, porque las mulas recelan del que se les acerca en silencio.

—¡Aparta Leonal! ¡Arre Generosa! ¡Quita Toledanal! ¡Seja Coloraal! ¡Oh, mula, oh! ¡Rea, rea, Morena!

Cuando el corral se quedaba en silencio y la junta ronchaba el pienso, el zagal iba cantándole por la calle abajo.

Mariquilla, dame un beso,
que me voy a confesar;
y si el cura me regaña,
yo te lo volveré a dar.

El pueblo se había quedado en completo silencio y por la calle no se veía un alma.

Atardecer

Bajando de la Altomira
llegué al Cementerio
y cogido a los hierros de la puerta
me invadió la tristeza del misterio.

La tarde melancólica moría,
se hizo de noche;
sonó la campana de Santa María
y el ruido de tumba de un birloche.

Del corralón de sepulturas,
traía el aire encontrados ecos;
impedidos de subir a las alturas
por chocar en los techos.

Silencio y soledad,
oscuridad, misterio,
¡Qué emoción tan honda,
me produjo la quietud del Cementerio!

Cosas de la escuela



EN la escuela se reflejan muchos aspectos de la vida de los pueblos y recordando las tendencias de la enseñanza de hace cincuenta años, se pregunta uno cuál sería el fundamento de aquéllas, hijas casi exclusivamente en dos detalles: la forma de la letra y las cuentas.

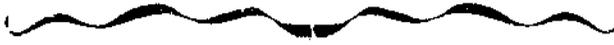
Se hablaba de letra española, redondilla y gótica, cuyas formas era de rigor practicar bastante tiempo. Por entonces se introdujo la letra inglesa con carácter igualitario, aunque con su dificultad de lo grueso, lo delgado y la inclinación de cada trazo.

El aspecto caligráfico era tan fundamental en la escritura, que hasta se ganaban cátedras con él y en las escuelas merecía especial atención de los maestros, cuyo resultado culminaba en la confección de orlas cuando «daban el punto».

La buena letra de un chico era el orgullo de la familia, motivo de alarde en las conversaciones familiares y si eran los ajenos los que ponderaban la letra del chico, entonces, el padre se inflaba como un pavo, y hasta se le saltaban las lágrimas como diciendo: ¡«qué habré hecho yo, Dios mío, para merecer tanto bien!»; porque hasta se consideraba aquello como una cosa providencial, fuera de las previsiones humanas, ante lo cual no cabía más que agachar la cabeza y gemir, soplado de orgullo irrefutable.

Lo de las cuentas era el colmo de la obstinación por parte de todos y la tortura más terrible para las criaturas, hasta dominar las reglas de interés, de compañía y de aligación, que era ya el acabose. Tanto, que con muchos padres había que poner pies en pared, sujetándolos un poco y hablarle al maestro, porque los chicos se iban por la espuma.

Creo que ningún esfuerzo se pierde, pero no recuerdo que nadie haya sacado el debido provecho de aquella labor e ignoro qué cuentas se harán ahora con sus hijos, aquellos chicos que aunque hayan olvidado—si es que llegaron a aprenderlos—los quebrados que les metía el maestro, capón tras capón, no dejarán de tener presente la lección de la vida, harto más sencilla y eficaz que aquellas que tantos repelones y chuletas les costaran en honor de lo que fué estéril orgullo de una época alcazareña.



COMETAS



NOBLE entretenimiento, notablemente disminuido y no sé si desaparecido, entre los muchachos, era hacer cometas y echarlas.

Con un trozo de papel fuerte cortado en cuadro y sujeto por el hilo de dos ángulos opuestos, se hacían «cucos».

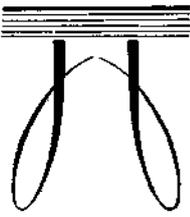
Con armazón de cañas, papeles de colores y engrudo, se hacían las cometas y panderos. En estos intervenía alguna persona mayor. La forma corriente era de un exágono. Pendiente de dos ángulos se le ponía la cola, hecha de tiras de trapo y con rollos de papel se le hacían las moñas. El hilo se le sujetaba al centro y a los ángulos superiores y por el otro extremo se liaba cuidadosamente en un palo.

Los buenos llevaban «gramantilla», y el que no podía, llevaba «hilo de las cometas», que vendían en ovillos y se le untaba cera para aumentar su resistencia.

Los días de aire moderado en la primavera y verano eran magníficos para echar la cometa.

Si cabeceaba, pedía cola; se le hacía descender y se le ataba más trapo. Algunas subían hasta perderse de vista, conducidas hábilmente por algún padre entusiasta de la alegría chiquilleril y permanecían horas enteras en el espacio, cosa que no hubiera podido ocurrir estando los chicos solos, porque los más malos de las afueras iban a por el hilo y si podían a por las cometas, «haciéndoles gachas» a los otros. ¡Y, daba una rabial...

Los ramos de las novias



HA desaparecido completamente la antigua costumbre de pintar ramos en las puertas de las novias la víspera de San Pedro por la noche.

Las mozas se sentían muy halagadas con esto y los novios pasaban unos días ilusionados con los preparativos y la realización de su idea.

Y no digamos de los comentarios, risas y decires picarillos entre mozos y mozas, el día de San Pedro y los siguientes.

Como obra hecha ocultamente y en horas de soledad, se prestaba también a la exteriorización de los rencorillos pueblerinos, y aun sin ellos, a la simple manifestación de la ordinareiz y pésimo gusto del espíritu cafre. Ello dió trabajo a los serenos con órdenes de recoger los botes a los «pintores» pero, al fin cuña de la misma madera, cumplían su misión también burlonamente, con la misma socarronería que se la ordenaba el propio Ezequiel Ortega, pues era difícil que nada ni nadie se sustrajera a aquel ambiente de zumba y segunda intención.

Estaba el «Recental» muy puesto de capa y chuzo, interrogando a un mozo y llegó Desiderio, diciendo que les había quitado los botes a cuatro o seis.

—Toma, y yo se los voy a quitar a éste.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Perico.

—¿Dónde vives?

—Perico.

—¿Dónde vas con esos botes?

—Perico.

Y de Perico, no hubo quien lo sacara.

La pareja no pensaron que fuera tonto, ni desobediente, ni terco. Le quitaron los botes, lo dejaron y se fueron riendo y comentando.

—¿Qué te parece, el de Perico! ¡No será nadie éste!

Y durante mucho tiempo se rieron

en sus casas, embromando a los nietos con la pregunta y la respuesta.

—¿Cómo te llamas ¿Perico?

No obstante, el manchar una fachada recién limpia o el hacerlo con sustancias repugnantes, era excepcional, lo corriente era el adorno aligridado, según el gusto y las posibilidades de cada cual. Además del ramo grande sobre la puerta, pintaban macetas florecidas en las jambas, pájaros o flores sueltas.

Las novias se ponían tan huecas con aquellas demostraciones de cariño, que tenían la particularidad de lo ostentoso, como un grito de amor en medio de la calle, que obligaba a fijarse en él a todo el que pasaba, y unas con otras, las festejadas, se referían la trama íntima de cada ramo y todo el mundo comentaba lo que había en cada puerta y lo que estaba mejor o peor, dando ocupación inocente a la ociosidad lugareña durante unos días y manteniendo encendido el pábulo del amor, que es el sostén del mundo.

—(Ay, chica, qué ramo te ha ido a echar Meterio!

—Muchacha, qué risa, cuando me levanté y lo vide, me entró una cosa, que mi madre me lo notó al contaio. Yo no cogía. ¡Bendita ocurrencia! ¡Y qué caliao se lo tenía! En mi casa, no dicen na, pero ¿verdad que está mu bien? Mira, yo le voy a comprar ya los pañuelos de la quinta.

—Se lo merece y de todas maneras lo tienes que hacer.

—Pues, eso digo yo; lo que hay que hacer hacerlo cuanto antes. Para qué esperar a luego. Es mejor ahora, que está esto caliente.

Y la noche de aquel día, el santo apostol patriarcal, San Pedro bendito, ahilándose la barba, pudo seguir considerando la divina profecía:

«Antes que cante el gallo!...

¡La fé, el amor! ¡Lo divino, lo sublime!

¡Qué cosas, Santo Dios!

Calle de Toledo



Calle de Toledo.
En un arroyuelo
pican las gallinas.
El sol, casi echado,
el aire amagado;
corros de vecinas.
Un chico grandón,
terco y cabezón
hurga en las cortinas.

Una mujercilla,
con trazas de ardilla,
sobre una estera,
espulga a una chica,
que llora y replica,
como una fiera.

Mientras, su amiga,
le hace la higa:

«¡Ahora, te amueclas!»

Sentado en su puerta,
recose una espuerta
un hombre en camisa.

En sus ademanes,
denota desmanes
en la «cornisa».

Una vecina
lo mira, ladina,
y suelta la risa.

Un palo de escoba,
sostiene una sogá,
entre dos ventanas.
Al tender la ropa,
con todo se topa

tardes y mañanas.
Estando al corriente,
dice la gente,
no te agusanas.

Por la calle alante
viene un ambulante
vendiendo gorrinos.
Cruza la manada,
hoza la calzada,
grufien los vecinos.
Gritos y blasfemia,
voces y esparto,
como en la feria.

Por el Arenal,
con voz detonante,
grita un trajinante:

«Caramelos finos de los Alpes»

«Llorar, chiquillos, llorar

y tiraros por el suelo,

y decir a vuestros papás

que os compren caramelos».

«¡Seis, cinco céntimos!».

A nadie engaña,

(corren los tiempos de Maricastaña)

Le dió la ventolera
de irse hacia la era
al hombre de la espuerta.
Y apenas llegar,
miró hacia el lugar
buscando respuesta.
Se le abrió la boca
y le entró una mosca.
¡Qué vida esta!

Mi gente

SALI del pueblo cuando chico, con cierta naturalidad que sorprendió a Hilario el «Retetao», única persona extraña que acudió a despedirme.

Volví para enclaustrarme, entregado al trabajo sin descanso, sin noche ni día, mientras el cuerpo aguantó. La enfermedad me dejó parado de repente, haciéndome retornar al punto de donde partí, como si hubiera estado ausente todo el tiempo y permitiéndome revisar amorosamente lo que dejé a mi partida o por mejor decir lo que al irme me llevé en el alma y sobre todo, el terreno, el vaho de la tierra, que me parece el hálito de toda mi gente, que le dió sin rodeos su fuerza íntegra para fecundarla y hacerla fructífera.

Sin haber hecho nada en él hay algo en esta costra reseca del piso que me atrae y me sujeta placenteramente. Tal vez la voz de la sangre, que reverdece mi ascendencia campesina, retoñando las raíces tan hondamente metidas por mis antecesores, vinculados al campo desde tiempo inmemorial.

Hilario olvidó que mi abuelo materno había sido carromatero y toda la familia dada a caminar, aunque no lo hiciera. Los factores femeninos de mi línea paterna, los Benelaques, también se inclinaron al camino, contrariamente a los factores masculinos, hondamente enraizados en la tierra. Aunque el abuelo Rufao, cuyas heieras heredé, pareciera menos rudo por sus achaques, no niega la traza dura, basta, modelada por la inclemencia y la asperidad en el cumplimiento de la obligación, estimada por todos como ineludible. Su padre, el abuelo Facó, hasta donde llega mi conocimiento, constituyó un verdadero tronco familiar cuyo realce no sería superado por muchos en el pueblo.

Fueron el matrimonio, el abuelo Facó, (Francisco Mazuecos Arenas, hijo de Alejandro y Antonia) y la abuela Pepa, (Josefa Agenjo Carrillejo, hija de José y Josefa, todos de Alcázar).

El matrimonio tuvo los siguientes diez hijos, con la descendencia que se consigna:

Primer hijo	Nietos	Bianietos
Blas Mazuecos Agenjo (el Basto), casado con Casimira Román.	Juan Mazuecos Román, casado con Narcisa Jiménez Vela.	Margarita Mazuecos Jiménez, casada con Braulio Vela Campo.
Este primer hijo se casó de segundas nupcias con Manuela Campo, sin sucesión, y de terceras nupcias con		
Paula Escobar.	Juan de Dios Mazuecos Escobar, casado con Juliana G. Comino Roperó.	Magdaleno, Ángela, Rafaela y Blas Mazuecos Escobar.
La Roca la llevaba la Paula al casarse con Blas.		
Segundo hijo Lucía Mazuecos Agenjo, casada con Julián Romero (Choca)	Anastasia Romero Mazuecos, casada con Apolonio Ramos (Vizco Sábana). Casimira Romero Mazuecos, casada con Rufino Mínguez (Patitas). Tomasa Romero Mazuecos, casada con Sinfiriano López Fernández. Eusebio Romero Mazuecos (Choca) casado con Joaquina Quirós Jaramillo (Maja). Alejandro Romero Mazuecos, casado con Agueda Galán.	José, Petra, Marcelo, Eulogio, Enrique, Julián y Francisca Ramos Romero. Bernabela, Luciano, Jesús, Angelita y Manuel Mínguez Romero. María Josefa y Dionisia López Romero. Juliana, Carmen, Rafaela, Inocente y Petra Romero Quirós. Tomás, Juliana y Julián Romero Galán.
Tercer hijo Rafael Mazuecos Agenjo (Rufao), casado con Rufina Roperó Vaqueró.	José Mazuecos Roperó (Rufao), casado con Margarita Pérez-Pastor y Gallardo. Bernardo Mazuecos Roperó (El Jaro Rufao), casado con Mercedes Ramos.	Josefa y Rafael Mazuecos Pérez-Pastor. Rafael, Piedad, Gabriela y Francisco Mazuecos Ramos.

	Nietos	Bisnietos
Cuarto hijo Romualda Mazuecos Ajenjo, casada con Juan Arias Ramos (El Colorro).	<p>Angel Arias Mazuecos, casado con Sebastiana Quiralte (La Maya). Dámasa Arias Mazuecos, casada con Juan Leal (El Mueso). Josefa Arias Mazuecos, casada con Antonio Santos. María Arias Mazuecos, casada con Alfonso Quirós (Corredera). Sandalia Arias Mazuecos, casada con Aniceto Ramos Ramos. José Arias Mazuecos, casado con Lorenza Barrilero Bonardell. Eusebia Arias Mazuecos, casada con Lázaro Lagos Huertas.</p>	<p>Julia, Pura-Francisca, Wenceslá, Encarnación y Jesús Arias Quiralte. Joaquín y Agustín Leal Arias. Ninguno. Braulio, Polonia, Angeles y Carmen Quirós Arias. Francisca, León, Florencia, Vicenta, Patricia, Bernardo y Blas Ramos Arias. Celestino, Natividad, Vicente, Gregorio, Juan y Salustiana Arias Barrilero. Felipe, Isabel, Pedro, Agustina, Romualda y Bernardo Lagos Arias.</p>
Quinto hijo Benito Mazuecos Ajenjo, casado con Josefa Cortés Serrano.	<p>Romualda Mazuecos Cortés, casada tres veces, con Barrilero, con Pepe Canto y con Antonio López (El sordo Bailara). Teodoro Mazuecos Cortés, casado con Josefa Romero. Eulogia Mazuecos Cortés, casada con Antonio Escobar. Eusebia Mazuecos Cortés, casada con Tomás Arias Huertas. Bruno Mazuecos Cortés, casado dos veces con Eustaquia Lagos Huertas y con Ana Cerdán (La Andaluza). Salustiano Mazuecos Cortés, casado con Manuela Morollón Pacheco.</p>	<p>Sin descendencia en ninguno de los tres matrimonios. Ninguno. Antonio Escobar Mazuecos. Pedro y Julián Arias Mazuecos. Isabel, Angela, Alejandro, Francisco, María, Josefa, Teodoro y Benito. Agustina, Salustiano, Teófilo, Pilar, Jesús y Teresa Mazuecos Morollón.</p>
Sexto hijo Dámasa Mazuecos Ajenjo, casada con Bautista Ropero Portillo (El Orejón).	<p>Pedro Ropero Mazuecos, casado con Romana Muñoz Monge. Francisca Ropero Mazuecos, casada con Francisco González (El Sastre). Victoria Ropero Mazuecos, casada con Gregorio Panadero Arias (Bocera). Jesús Ropero Mazuecos, casado con Eusebia Abengózar Palomares. Marcelo Ropero Mazuecos, casado con Juliana Paniagua (Oliva - La Chata de la Pilara).</p>	<p>Nemesia, Alfonso, Casimira, Marcelo, Consuelo, Pedro y Antonia Ropero Muñoz. Nicolasa, Fernanda, Pepe y Angel González Ropero. Ninguno. Dominga, Gregorio, Santiago y Angel Ropero Abengózar. Eusebia, Ramona, Marcelo, Pilar y Bautista Ropero Paniagua.</p>
Séptimo hijo Tomás Mazuecos Ajenjo, (Borrego), casado con Dolores Ropero Portillo.	<p>Gabina Mazuecos Ropero, casada con Julián Rivas (El Civil). Francisca Mazuecos Ropero, casada con Pablo Muñoz (Basiliso). Cándida Mazuecos Ropero, casada con Tiburcio Navarro. Julián Mazuecos Ropero, casado con María Manuela Huertas Sánchez y en segundas nupcias con Pura Román (La Pájara). Angel Mazuecos Ropero, casado con Nicomedes Abengózar Palomares y de segundas nupcias con María Ropero Manzanares.</p>	<p>Ninguno. Francisco-Esteban y Pablo Muñoz Mazuecos. Victoria Navarro Mazuecos. Ninguno. Dolores, Concepción, Cándida, Beatriz, María, Emiliana, Angel e Inmaculada.</p>

<p>Octavo hijo Blasa Mazuecos Agenjo, casada con Ubeda (Rivera).</p>	}	Ninguno.	
<p>Noveno hijo Josefa Mazuecos Agenjo, casada con Fernando Romero Marchante (El Carnicero).</p>	}	Gabina Romero Mazuecos, casada con Benigno Quintanilla.	}
<p>Décimo hijo Alejandro Mazuecos Agenjo (Cairado), ca- sado dos veces, con Teresa Barrilero (Pa- lustra) y con Satur- na.</p>	}	Concepción Mazuecos, casada con Santiago Tejero.	}
			Sebastián Quintanilla Romero. Eduarda, Teresa y Santiago Tejero Mazuecos.

La casa de esta familia fué la del Arenal, n.º 4, que lindaba a la derecha de su entrada con los herederos de Francisco Morales y a la izquierda con Isidoro Logroño (Coraza) y por la espalda con otra de José Logroño. Medía una superficie de 5726 pies cuadrados. En ella hicieron testamento el 20 de Marzo de 1864, a los 70 años y encargaron que su entierro fuera de primera clase, diciéndose cien misas rezadas por el alma de cada uno de ellos y legando el remanente a sus diez hijos citados.

(Faco) sabía leer y escribir pero la Pepa no. Murió primero el abuelo, y la abuela a los 82 años, el 20 de Diciembre de 1875. Distribuyeron un caudal de 27.628 pesetas. La casa se adjudicó a Rafael, Tomás, Benito, Alejandro y Blasa, con una participación de 1.384 pesetas cada uno.

La otra rama de Mazuecos existente en Alcázar, a la que pertenecen todos los (Chalas), rama más difícil de reconstruir, deriva de un hermano del abuelo (Faco).

El abuelo (Rufao) enlazó con otra familia numerosa, la de los (Benalaques), formada por otros diez hermanos cuyos padres fueron Miguel Roperero, arriero de profesión y María Vaquero, que vivían en la calle Ancha, lindando por su derecha con mi casa actual, seguramente adquirida por (Rufao) a causa de esta vecindad con la del abuelo Roperero.

Fueron los hijos de este matrimonio:

Isabel Roperero Vaquero, la (Tocinilla), casada con Victoriano Morales Octavio.

Anselma Roperero Vaquero, casada con Isidro Martín de Madrid—Madrid el panadero.—

Gumersinda Roperero Vaquero, mujer de Gregorio Sánchez (Jaranda).

Josefa Roperero Vaquero, mujer de (Chispa).

Rufina Roperero Vaquero, mujer de (Rufao).

Juliana Roperero Vaquero.

María Teresa Roperero Vaquero.

José María Roperero Vaquero, el tío (Carabina).

Miguel Roperero Vaquero, suegro de la (Escobara) y del Ángel de (Borrego).

Bernardo Roperero Vaquero, casado con la María Millán.

EL TIO "BORREGO"

(TOMAS MAZUECOS AGENJO)



Denota con su traza cuál era el aire de la familia. Seguramente fué el hijo más torpe del hermano «Faco», lo que se dice una vereda ciega, camino que no va a ninguna parte, pero duro, resistente, incansable. Por eso hizo capital el hermano Tomás.

Murió de noventa y muchos años y ni una noche dejó de salir descalzo y en calzoncillos en medio del Arenal a ver cómo iba a pintar el día.

D. Vicente Moraleda, tan conocedor de la naturaleza, lo admiró mucho y elogiaba siempre su fortaleza y su resistencia, poniéndolo de ejemplo ante los que se quejaban.

—¡A ver si le hace mal a Tomás el sol, el hielo o el tocino crudo! Y le daba en el cuello, como cuando llegaba al herradero un buen ejemplar y le palmoteaba en la cruz, diciendo con aquella voz áspera y sonora:

—¡Buena, buena piezal.

A última hora vivió con la Gabina, pero bajaba a su casa a diario. Se le veía por la Cruz Verde más tieso que un ajo, pues se movía entero, como si no hubiera tenido articulaciones.



“Santo Bastián”

Santo Bastián, Santo desnudo.
Para los del barrio, signo de duro.
¡Penar y sufrir del tiempo al conjuro!

Cofrades en tropel lo suben alocados.
Venden pajarillas. Aturden los cohetes.
Corren los caballos desbocados
y gritan sin cesar los mozalbetes.

La hermana Rumalda y la hermana Eulogia,
mueven la cabeza en su gran portón;
se entran santiguándose, ¡oh, misericordia!,
cuando ven el «cosque» de la procesión.

El Santo subido;
arroz y gallo muerto, es lo convenido;
hojas de laurel,
lumbre en las cocinas,
reunión de vecinas,
bailes a granel.

Cuando baja el Santo por el Arenal,
va cabeceando sobre un remolino
de gente afanosa que quiere llegar.
El agua es de nieve, el cierzo muy fino,
la panza de vino; ganas de acabar.

BONIFACIO Octavio fué, entre los pastores alcazareños, el único que por sentir tan hondamente las cosas de su tierra se vió en la precisión de expresarlas por escrito y, a la pata la llana, estimulado por lecturas

imperfectamente comprendidas, cuyo hilo seguía, llenó muchos cuadernos con notas sentimentales que por ir mal vestidas no han de ser menospreciadas.

Ultimamente hizo un recorrido imaginativo por todo el término «por el gusto de recorrer con el pensamiento lo que desde chico recorrió en persona» y «para darlo a conocer a los que solo conocen el campo de nombre». Se trazó diferentes itinerarios y simuló una salida para la descripción de cada uno, puntualizando los detalles existentes, cuya constancia no consideraran superflua los amantes del lugar.

Su primera salida fué por el Santo, tratando de visitar el terreno comprendido entre el camino y la vía de Madrid y haciéndolo como los cazadores, fuera de camino, tropieza con la Cantera de los Frailes, luego las piedras de Juan de Dios, en el Arroyo del Albardial, sigue hacia Piedrola por los bernizos y aguaizos y da con el paerazo del Majo, Cañada de Poveda, el Portillo, Quiñones Bermejos, El Castillejo, el Chozo del Cuco, las Casas y las Pedrizas, de donde sacaron piedras de molino, campo raro y alegre—dice—de aguas medianas y viñas con fruto de primera calidad. El haza de los Pujares, la de las Malvas, la Casa de Beibés hacia Pastrana, Franco, junto a la vía, pozo de agua «duz» con una laguna, se corre hacia Vinagre, de agua buena, pero sin tener más que en invierno, los cerros de Gil Domingo y Pastrana y el Gigüela, en cuyo centro hay un hito de dos metros de altura que marca la división de Toledo y Ciudad Real y los términos de Villafranca y Alcázar, río abajo, hasta el molino harinero hoy en ruínas. Se vuelve desde Pastrana por las casas de Porras y Giral. Ve Borenguillo y baja por la Cañada de los Perros hasta el Arroyo de Juana Jiménez, que cruza para bajar a la casa Castillo y al pozo Tello, de agua muy buena, donde se han hecho muchos zurras de vuelta de los baños de la «launa». Ve la cantera del Águila y los Aguaizos, pasa otra vez el Albardial y entra en el pueblo por el camino de Villafranca y calle de Toledo.

La segunda salida la hace por donde entró y al llegar a las Abuzaeras ve la Veguilla, toma el camino de los Hidalgos, en dirección a Rebata y casa de Saavedra, casa la Galga, camino de los Baños, por el corral de Severo. Cerros de Canta el Gallo, dando vistas a los pozos de Navarro, al molino de los Guerreros, Cazuelas y Puente de la Tamarilla, sigue río y vereda abajo hasta el molino del Dotor y casa de Chupa, casa de Juan, pozo Rincón, casa de los Rulos, bombo Culebra, las canteras de la Arena, Laguna de las Yeguas, Cocero de los Frailes, Corral del Abogado, en medio de las lagunas y pozo, abrevadero de la laguna, y otra vez al camino de Villafranca, la cuesta del Salallo, las Abuzaeras y al pueblo.

Tercera salida. Camino del Velaor, por enmedio de la Veguilla, pasa por los Marotones, pisa, a ratos, la carretera de Villafranca, viendo el olivar de las Monjas, los paerazos de la casa de Botines, divisa el Bernardillo, la casa de Marañón, Villafranca y Herencia, pasa junto a la casa del Segeo, cruza la carretera de Herencia y llega el Chano, sube por la casa de Racionero y las del tío Carabina, baja por Vista Alegre al pozo del Brujo, cruza la Cañada del Maestro, por las casas de la Flatera y de Evelio, huertas de la Fernanda y Ortiz, La Serna y entra en el pueblo por las Aguas.

Cuarta salida. Camino de Herencia, Villarta y Villarrubia, al Mamello, al Cerro Gigüela, la poza del Camino de Villarrubia, la casa de Heliodoro, el molino Hernando Díaz y casa de Vicente, volviendo por la Cucacha dá vistas al Raseral y por el camino de Villarta regresa al pueblo.

Quinta salida. Por el camino Viejo de Herencia, Huerta de Carrión, de Guerras, de los Meleñas, de Requena. Cruza el Raseral hacia la casa Perra, la de los Pitises o Nieva, el Destete, volviendo por la Laguna de la Sal, entrando al pueblo por la casa del Rus y la Huerta de Bonifacio.

Sexta salida. Camino de Palacio, subiendo a la Altomira y carretera de Guerras a Valdoro, la casa de Cascabel, hacia el Borranco de Borrego, pozo el Boquique, la Cañada de la Toba, por la calzada de la Olla y Herradero de Guerrero, cogiendo río arriba por Cuaco, los cerros de Comino, la huerta de los Jarillos, la del Rito, la viña del Sordo, al Cementerio y al pueblo.

Séptima salida. Carretera de Manzanares y camino de la Puente Grande, Altomira, camino del Medio al Coper, lugar de la viña célebre que D. Joaquín dió a los criados, huerta de la Peona

Bonifacio

y de las Mañanas, Los Parrales, la Puente Grande, los Palillares, barranco del Farolero, al Puente Hierro y por la vía, al lugar por la Cañada del Ratón, camino de Uceta, al haza de la Gitana, casa de los Corbeteras y la casilla los Palos, cruzando la Media Legua, al Pozo del Francés y por las eras al pueblo.

Octava salida. Por la carretera del Tomelloso y camino de Carrasardina y la Madrila, Ojos de Mochuelo y la casa del tío Joaquín Vela a las Cuadrillas y al pueblo, después de corto recorrido.

Novena salida. Por el camino de Socuélamos a Puente de San Benito y Cerro de San Antón y al caer, el camino de la Cruz de Jesús a Ojete, Huerta de Nieva y al Quintano, con Carrascas, al pairazo de Zoronga, camino de la Media Legua, Cañada del Combral a Valcargao y Pindongo.

Décima salida. Por entre las vías de Andalucía y Levante, hacia las Peñas Rubias, al pozo del Boticario, la Cañamona y al pueblo.

Undécima salida. Por el paso a nivel de Valencia y camino de Vallejo, de agua fina aunque escasa, camino de Los Lagarteros hasta la Corraleja de Juan Cano, subiendo hasta la sierra del Pico, donde está el límite entre Alcázar y Criptana, cruza a la carretera de Miguel Esteban por los cerros del Tinte, baja por las Santanillas, Pocillo del Ahorcao y Huerta de la Fuente.

Duodécima salida. Por el paso a nivel de la carretera de Quintanar, camino de la Higuera y Cruz de Hierro, Cristo de Villajos y Cerro Gordo, Cerro de las Cañarejas, Vía del Hambre, Canteras de Lerín, los tres Corrales, Cañada de la Cabra, Hitos de Cesáreo, la Higuera, la Matilla, la era del Mañero, el corral de la Tusa y al pueblo.

Décimotercera salida. Camino del Gomenar, Molino de Sotero, Los Anchos, El Acebrón, los Pozos de Pajares, El Palomarillo, subiendo hacia Quero y al Palomar de Encinas, la casa de Bodeguilla, la casa del Centinela, la Cañada del Mulo, los hitos del Cortés, barranco de Carraquero, Torina, casa del Flete, casa del Tuerto, Bombo de la Gapita, Pocillo de Parrana, Pocillo del Caía, camino de las Pilas, al pueblo.

Décimocuarta salida. Camino Quero, Los Pilañones, Laderas de Extremera, Bajas de la Vega Ocaña, Pozo Ambrosio, barranco del Gorrino, Perea, Desmonte la Muela y regresa por la vía.

Muchos nombres podría haber agregado Bonifacio a esta lista, pero no es poco lo dicho para orientación de los que entran en su campo como gallina en corral ajeno.

Al mismo tiempo que las precedentes, hizo otras salidas «por las nubes» de lo poético.

«Caminos y carreteras,
carriles, sendas, atajos,
medias y enteras veredas,
pilas, fuentes y tornajos,
valles, montañas, umbrías,
solanas, agrestes crestas,
muchas noches, muchos días,
por los baldíos y mestas.
¿En qué pozo no bebí?
¿En qué casa no habité?
En muchas partes dormí,
que todo lo visité».

Hasta última hora estuvo Bonifacio ilusionado con la inspiración poética que le despertaba el amor al pueblo y envuelto en ese vaho de las quimeras que le hicieron feliz, se internó en la tierra idealizada, cansado de trajines y anheloso de sueños que para él serán eternos. Fué un ingenio toscó el suyo, pero era grato observar en él el brillo de los rasgos espirituales y Alcázar no está tan sobrado de oro fino como para que pueda dejar de considerar el de menor calidad.



PERSONAJES FERROVIARIOS

El que dá la salida

TODAS las ocupaciones dejan en el hombre su huella, que se acentúa más en determinados momentos de su misión, y el pequeño detalle de dar la salida a los trenes, hace pasar al que lo realiza por un momento de singular gallardía, tanto más ostensible cuanto más pequeña es la estación. Desde que sale de la oficina, siempre un poco arrebatado, y toca la campana, siente sobre sí las miradas de todo el que anda por la estación y de los viajeros del tren estacionado: habla con el maquinista, habla con el conductor, con los mozos y en todas sus actitudes se aprecia la percepción que experimenta de la curiosidad que le circunda.

La indumentaria moderna le ha favorecido mucho. Esa gorra de cazo, con visera plana y tan vivo color, le da aire de mariscal ultrapirenaico aunque sus preparativos y movimientos le

Esta fotografía está hecha en el andén de Alcázar, frente a la Inspección. En ella la figura de D. Mariano Rico, nunca gigantesca, se va reduciendo, avellanándose, incluyéndose en la tierra madre, — pulvis eris et in pulveris reverteris. — En cambio, D. Rafael González, a su derecha, está algo más orondo siguiendo la curva ascendente de la madurez, próxima a declinar y casi en el mismo periodo se encuentran la mayoría de los fotografiados, sin excluir al jefe D. Fernando López, que está a la izquierda de D. Mariano y tiene también a su izquierda al «Gitanillo», (Juan Montoya, capataz).

Los chicos que hay a la derecha son los de Guillén el albañil, Jonás y Crisóstomo, y los de la izquierda, los de Masipica, cuyo padre, con su bigote y risa habitual, está detrás del jefe.

A los extremos de esta fila se encuentran, a la izquierda, Francisco de Miguel, jefe de enclavamiento, excelente persona que vivía en la casa del balcón corrido, en la calle de la Estación y que tenía una señora de armas tomar. En el lado opuesto, con su traje de pana negra, está Miguel Palomino, guarda del muelle, padre de Rafael, hombre severísimo que no admitía bromas y cuya sola presencia nos hacía temblar en la calle Ancha, y si no, que le digan Jesús «el Cachó» y Luis Parra, el del «Moreno».

Detrás de los inspectores están los hermanos Monreal, los del «Gordillo», numerosa familia de la calle Toledo, despejada y habilidosa que adaptada a la vía no ha dado de sí lo que había derecho a esperar de ella.

Detrás de estos y delante de la columna, están Cándido Palomares, el de «Galicia» y Baldomero Ortega, cuando vivía en la calle de la Trinidad, esquina a la callejuela de la «Tía Negrita», donde despachaban carne todos los días y «alcagüetas» los domingos y fiestas de guardar. Todos son muy conocidos. También está Barajas, «Tapillas», Meco y otros como Filiberto Escudero, que han consumido en Alcázar su vida entera de empleados. Algunos, siendo caras muy conocidas y teniendo su nombre en la punta de la lengua no sale, porque así son las flaquezas humanas, pero alguien los acertará y reiremos todos de alegría al verlos identificados, porque son ellos, efectivamente; ellos, los que todos conocemos, los significados por tal o cual detalle o hecho memorable, y ninguno sabemos decir su nombre de momento, pero que saldrán, ¡vaya si saldrán!

asemejan más al director de orquesta. Con el banderín en alto empuñado en la mano derecha, el silbato en la izquierda demandando atención y el vientre echado hacia afuera en actitud de acometer los primeros compases de la partitura, toca el pito imperativamente autorizando la marcha. En la puerta del furgón hay un hombre cincuentón, casi siempre gordo, con largo guardapolvo gris y gorra encasquetada, que mira por encima de las gafas que cabalgan en la punta de la nariz y anota en una hoja amarilla, que todavía recibe alguna advertencia del jefe y mira hacia la cola del tren. Ambos sienten la necesidad de hablar y hacer algo ante la admiración de los curiosos.

El maquinista, poseído de su poder y libre ya de las trabas del papaleo, que mira desdeñosamente, hien-

de el espacio con el bronco silbato de su máquina, que da fuertes resoplidos haciendo majestuoso su arranque. El que dió la salida vuelve hacia la oficina mucho menos empavesado, con el banderín en el sobaco y las manos en los bolsillos. Se aprecia que no le mira nadie, ni él levanta la vista del suelo. La estación queda solitaria y si alguien permanece en ella tiene la mirada fija en el convoy que se aleja atronando el espacio con prolongado pitido de despedida que parece difundirse con las espirales del humo que se desprenden del gran penacho que sale por la chimenea.

En la oficina suena un timbre. La voz, ahora cansina, del que tocó el pito tan engalladamente, responde a la rutina insoportable y precisa: «sí; el quinientos tres a su hora».

* * *

"Abriuras"

DESPUES que La Mancha se hizo viñera, la labor de abrir las viñas es corriente en todo su campo y usual el vocablo que la designa, así como el de «abriura» dado a la labor terminada de cada cepa.

El caporal que recordamos con más cariño de cuando las plantaciones empezaban a extenderse como la corrigüela, es Hilario Vaquero «El Repretao»; ejemplar humano auténticamente representativo de la tierra que lo crió, lo sostuvo y lo acogió en su seno, después de haberle dado sin regateos toda su energía, que no era grano de anís.

Fuerte, calmoso y hecho al sufrimiento, apretaba los dientes por costumbre y se le endurecían los carrillos de la cara haciendo visibles las vibraciones de su carne al juntar las quijadas.

Esta fibrilación contractiva y la elevación de párpados y cejas cuando tenía que ponderar algo o expresar admiración, asombro o sorpresa, daban a su ancha cara, lustrosa aunque curtida, una expresión difícil de olvidar para los que lo tratamos, tan gráfica como las palabras entrecortadas que acompañaban al gesto; «qué disparate, muchacho», decía, por ejemplo, y entonces contrataba hasta los músculos del cuello. Entraba la botija en el cojín de la manta y se alejaba dispuesto a luchar con la sequedad de cualquier haza hasta mullirla como un colchón.

¡Qué ejemplo tan hermoso nos dejaron aquellos caporales: Hilario, «Tinguilangué», «Sopas»...!

¡Siempre los recordamos cuando el sentimiento nos impulsa a echar mano de la azada y hacer «abriuras» en la costra de este terreno para dar salida a su hechizo misterioso, poético y soñador, que no nos deja vivir fuera de él y que nos acompaña, nos sigue, nos envuelve y sacude en toda ocasión y lugar!

¡Cómo se admira y añora aquel pecho de Hilario para cavar sin fatiga la tierra salobre que tiene dentro el palillo «duz»

Juan Serrano Arias

(JUAN EL CARMELO)



ENTRE los hombres tranquilos, escépticos y chacoteros, que no han escaseado en Alcázar, destaca este antiguo cartero, al que se conocía por «El Embustero» ¡Cómo las urdiría para merecer ese calificativo entre aquella gente!

Su verdadero oficio era carretero y su afición la caza, sin lograr verse libre de esa manía de agregarle ceros al número de las piezas cobradas: Si cazaba cuatro codornices, decía que había cazado cuarenta. Un día fué a llevarle carta a José María Gómez, que no era nadie. Había en el patio una abutarda muerta y le dice a la Dositea: «Siete maté yo de un tiro». La Dositea soltó una peineta, diciendo: «Pues esa ha necesitado cinco tiros ella sola». El siguió tranquilo: «Ya verás: venía de la Alameda en el carrete, había un bando escarbando «moñigos», meto la baqueta en el cañón de la escopeta y las pasé a todas por los ojos, dejándolas unidas en fila, según estaban». No hay noticia de que la Dositea le tirara una silla, pero pudo hacerlo.

D. Julián Olivares, muy amigo de Juan, tenía un palomo ladrón que se paraba en el tejado de este. Lo mató de un tiro; Olivares lo llevó

al juzgado y en el juicio se confesó autor del hecho, pero sin intención, porque en aquel momento gruñían su mujer y el gorrino y mató al palomo por si se llevaba a alguno. El Sr. Juez le absolvió, admitiendo que había obrado en defensa propia.

Una noche de frío, por no salir a hacer aguas menores, lo hizo por una ventana. El dijo que el frío era tanto, que se heló el chorro y tuvo que ir su mujer a por un ascua y deshelarlo, para poder cerrar la ventana y entrarse...

Por llegar cansado de repartir, se acostó, lugiéndose enfermo. A la hora de comer le llamaron los hijos, pero no contestaba y se lo dijeron a la madre. Esta, muy tranquila, se acercó a la cama, soltó una peineta y dijo: «Ánda, levántate, que ya has descansado bastante». Al ver que nadie creía en su mal, se lanzó a por la garrota, dispuesto a imponer la enfermedad, pero nadie le hizo caso. La gente le decía luego. «Ánda, Juan, muérete cuando quieras.»

Así era Juan el Carmelo, que aparece en la fotografía muy poseído, de uniforme y botas de elásticos. Tal vez esos emblemas y botones metálicos fueron lo único cierto que tuvo en su vida.

Muchos días Juan hacía el reparto en la zapatería de Gude, en la calle del Tinte, sin parar de hablar. Allí iban las mozas a por las cartas de los novietes, que eran atendidas sin interrumpir la charla. Algunas no se conformaban con no tener carta y querían que mirara en el montón, pero él salía del paso diciendo: esas son todas para Eugenio Santos, que sería entonces de las más importantes casas comerciales.

Por cierto, que aquella zapatería tuvo cierto tiempo un cartel que decía:

«Fernando Gude y hermanos
han acordao,
a partir de esta fecha
no dar líao».



Venir con la Cruz

Era el remate de la siega y cada cuadrilla
venía con la suya al acabar las faenas de
la casa donde trabajaba.

Cada segador venía montado en su borri-
co, al cual se había adornado previamente
con largas cañas verdes, sujetas al aparejo,
formando cruces.

La recua formaba una larga fila delante o
detrás del carro o galera, también engala-
nados con ramaje.

Todos venían soplando por el camino, unas
veces en las caracolas y otras de la botija
del tinto que, con el fuego de la siesta, de-
jaba sentir su influencia, manifiesta en el
caminar cansino, los pesados resoplidos y
el adormilado mirar de los cabalistas que
muchas veces no estaban ni para ver el
parvo obsequio de los bollos de era que
les ofrecían al llegar a la casa.

Una nube de polvo envolvía a la cuadrilla.

Los borricos alargaban el pescuezo para
espantarse las moscas del hocico, soplando
contra el suelo. Los hombres les pinchaban
en la cruz con la vara para que levantaran
la cabeza, temerosos de caer por las orejas
y con un esfuerzo sobrehumano se redo-
blaba el toque de las caracolas, haciendo
alarde vanamente de una valentía que no
podía con la cansera.

--¡Arre, borrico! ¡Por vida eh! ¡Pues no me
va a tirar! ¡Tu, tu, tururú!

La levadura

La exaltación del espíritu alcazareño que se
percibe tenemente desde que se inició la
impresión de esta obra, no necesita ser
puntualizada aquí, hasta con que se produzca,
incluso a veces como reacción tácita contra el
reconocible estímulo, según nuestras caracte-
rísticas psicológicas. Ello prueba la utilidad
que pueden tener estos pequeños recuerdos
que no pretenden señalar la vereda del por-
venir, sino meter en la masa el grano de leva-
dura para que el pan de mañana no sea ácido.

